UNIVERSITY OF ARIZONA
39001019906950

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/elladronylaselva0000ferm

EL LADRÓN Y LA SELVA

OBRAS DEL AUTOR

EL CÁNTARO DE PLATA
CANCIONES DE LA TARDE
DESAMPARADOS
LA OFRENDA
EL ÍDOLO Y OTROS CUENTOS
LOS CAMINOS DEL MUNDO
EL LADRÓN Y LA SELVA

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

EL LADRÓN Y LA SELVA

PQ
7797
E83
L3

M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES. 1930

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO SIETE EJEMPLARES EN PAPEL HOLANDA A LA CUBETA, NUMERADOS DE I A VII Y FIRMADOS POR EL AUTOR, Y MIL EJEMPLARES EN PAPEL PLUMA VERGÉ, TODOS LOS CUALES CONSTITUYEN LA EDICIÓN ORIGINAL.

Queda hecho el depósito que marca la ley.
Copyright by Gleizer, 1930

EL LADRÓN Y LA SELVA

I

STEPAN se detuvo. El sol debía estar muy alto, y la selva parecía traspasada por miles de espadas de fuego. Las ramas se trenzaban sobre su cabeza, inmóviles, y detrás de ellas se veía el lago del cielo. Ningún ruido. Ningún estremecimiento. Sin embargo, un silencio desconfiado iba de rama en rama, como una ardilla, y de todas partes empezaron a atisbarlo. Stepan alzó lo ojos y se puso a mirar a derecha y a izquierda. Al lado de los troncos enormes, su cuerpo se perdía, confundido con las malezas y las raíces a medio cubrir.

Stepan siguió avanzando, desgarrándose a cada momento las ropas, y hacien-

do crujir, con las botas, el ramaje seco. Él sabía que miles de ojos lo espiaban, y seguía caminando alerta, dispuesto a repeler cualquier ataque. ¡Era divertido, a pesar de todo! Nunca se había sentido tan feliz como aquella mañana, y nunca la selva había sido, tampoco, tan generosa. Detrás de sí, a uno y otro lado del camino, varias raíces negruzcas ostentaban una cruz blanca acabada de trazar por su mano. El obraje había quedado ya lejos, y ahora se sentía solo en el silencio del mediodía.

Antes de decidirse a volver, siguió hasta un abra donde tres o cuatro raíces emergían de la marea verdosa de los pastos. Una de ellas estaba casi fuera de la tierra. Stepan la observó, y se fué aproximando, con cautela, mientras sacaba el pedazo de yeso del bolsillo. Ya estaba cerca. La mirada se hizo dura y cortante, y parecía dialogar con la forma, escondida aún en el montón parduzco de fibras y corteza. Pero de pronto, una rama cimbreante se irguió del suelo, y Stepan se

echó para atrás. En lo alto de la vara rígida, dos ojos brillantes se clavaron en los suyos y un triángulo color de fuego se destrenzó en el aire, lengüeteando, como una bandera.

Luego, Stepan apartó con el pie el cadáver de la víbora, y se acercó a la raíz, para marcarla. Se le había caído el sombrero y tenía las manos temblorosas.

En lo alto de su cabeza se movieron las ramas. Y un pájaro empezó a cantar.

II

El silencio se abrió, y por la brecha obscurecida brotaron once campanadas. Después, todo volvió a sumergirse en la noche, y el eco quedó cabalgando, quién sabe en qué alambre invisible, hasta que se fué también.

Stepan se puso de pie, sacudiendo las virutas del pantalón. Ya era hora de descansar.

Dió dos o tres pasos y se pasó el dorso de la mano por la frente. Luego entornó los ojos, y se quedó mirando su obra. Bajo el bigote amarillento, una sonrisa de gozo fué estirándose, poco a poco.

—Bueno, bueno, esto marcha. El niño me ha dado más trabajo que la madre. En un par de días, asunto concluído.

Los rincones del taller estaban sombríos, y montones de raíces proyectaban grandes sombras sobre las paredes. En lo alto, un foco eléctrico bajaba un embudo de luz hasta la mesa de trabajo, y en la lluvia blanca, la madre y el niño, ya casi libres de la madera, pero brotando de ella, dormían un sueño lento. Es que la carne roja del quebracho había sido dócil, como siempre, y Stepan estaba contento. Del bloque espeso había empezado por desbastar lo superfluo, obedeciendo las curvas de la madera, con creciente ansiedad. Primero fué la cabeza del niño, dibujada en la misma raíz, y luego el pequeño cuerpo desnudo. Después hizo a la madre,

quien fué abriéndose camino en el fragor del torno.

Stepan miró largamente el grupo, y fué retrocediendo hasta un ángulo del taller para verlo mejor. Y sonrió, porque ellos estaban allí, y el sueño que le pesaba tanto en los últimos días, vivía ahora, libre, cerniéndose bajo el embudo de luz blanca. Algo quedaba alrededor sin terminar, pero se le habían agotado las fuerzas. ¿Para qué más? Ellos habían nacido ya, y eso era todo.

—La madre se parece un poco a Katia— se dijo luego, entornando los ojos—. Sin embargo, juraría que hasta ahora no me he acordado de ella.

Sus ojos se fueron cerrando lentamente, y la cabeza se inclinó en la sombra. Los óvalos de plata de los lentes brillaban a intervalos. La tricota marrón, se hundía en la obscuridad.

En el silencio del taller, Stepan volvió a oir el ruido del agua y el canto de los remeros, arrastrándose tristemente en la tarde. Y volvió a ver a ella, a Katia,

esperándolo en un recodo del río, azotados los flancos por la bandera blanca de su delantal. Stepan oía el canto ya casi borrado, y olía el fresco relente levantándose del campo y de las parvas. Un olor a heno recién mojado que se mezclaba con las resinas del bosque y el aire mohoso del río. Él conducía su rebaño entre los troncos altos, lisos, ligeramente blancuzcos al anochecer. Pero sus ojos se iban de las ovejas a las ramas desnudas, y entonces el bosque, sacudido de espectativa, se poblaba de ademanes y gestos confusos. Abajo, a ras de tierra, los viejos troncos cortados y las raíces descubiertas tomaban formas humanas. Bailarinas danzando, faunos, atletas, caciques desmelenados y terribles, se mostraban y se escondían entre la hierba tierna donde resbalaban sus botas. Stepan dejaba su vara en el suelo y se bajaba a palpar los rugosos muñones, demorando su mano en una caricia de dueño. Sus ojos de niño se quedaban mirando fijamente aquello. Luego, en la pequeña choza, la luz del can-

dil hacía brillar la hoja de su navaja. Y el silbo del viento, y la lluvia, cayendo furiosamente sobre el techo, y los ríos de fuego de los relámpagos, nada eran para él, en el corazón de la noche, mientras trabajaba el pequeño ícono o la cabeza de ciervo.

Stepan sonrió, al recibir, en su taller, la visita de los recuerdos, y quiso al niño que él había sido con ternura de hermano mayor. ¿Qué influencia habían tenido después, en su vida, los años de estudio pasados en Moscú, las exposiciones clamorosas de París, de Viena, de Berlín? ¿Qué huellas habían dejado en su arte los artículos consagratorios, el mismo anticipo de la inmortalidad, si comparaba todo eso con sus vagancias de niño pastor, alerta siempre a los ruidos y a las formas del bosque?

Pero ahora estaba en otras tierras y vivía solo. El silencio se descolgaba de todas partes, y solamente los recuerdos le hacían compañía y lo incitaban al trabajo. ¡El trabajo! ¡Con qué fervor embestía la

madera, ofuscado por el torno y las nubes revoloteantes de virutas!

Un índice invisible le mostraba las cosas, ya casi nacidas, y él colaboraba en la creación ajena, olvidado de todo. Luego, ya la obra terminada, inscribía en la madera su nombre. Lentamente, con caracteres rusos muy separados unos de otros.

III

Stepan se metió las manos en los bolsillos y empezó a atravesar la casa, encendiendo las luces de todas las habitaciones. Aquella no era su casa, sino la casa de sus estatuas. Ni un mueble, ni un solo adorno. Sobre taburetes de madera, o en el suelo, los torsos y las cabezas emergían cubiertos de polvo a la presencia de la luz. Estaba allí la adolescente sorprendida de su propia belleza, soslayando con sus ojos la curva de los senos y el temblor del muslo, apenas salido del agua; la mujer de rostro abstraído, atenta quién sabe

a qué palabra o a qué música distante; Leda y el cisne; cabezas de niños; cabezas de Medusas; cabezas de brujas, apenas trabajadas éstas en la raíz obscura y esponjosa. Un cuerpo yacente de mujer trazaba una diagonal de ébano en la sala, y en la misma habitación, entre las dos ventanas, una india chaqueña cerraba los ojos.

Los dedos toscos de Stepan se detenían en la madera rojiza, y algunas veces acariciaban hacia atrás la cabeza de una estatua con una ternura furtiva. Todos los rostros le sonreían, y en los labios carnosos, abiertos en la epidermis del quebracho, sentía un silencio dulce y familiar.

En la sala anduvo tanteando los rincones, buscando una cabeza. La halló dormida, al pie de la Medusa, y la tomó en sus manos para aproximarla a la luz. Con el cabello apenas esbozado en la parda fibra, el rostro juvenil se aquietaba en la luz, los párpados bajos, la boca entibiecida y triste. Era su preferida. La

había terminado a principios del invierno, y necesitó muchos días y muchas noches para infundirle la vida que ahora temblaba bajo la madera. A veces se ubicaba en su fisonomía el rostro de Katia, y luego se desvanecía, como una guedeja de humo. ¡Siempre ella, ella en todas partes! Stepan la dejó en el suelo, y siguió caminando.

Luego, salió a la galería. Un río de luz blanca bajaba del cielo y se perdía en el cauce rectangular del patio. Luz esmerilada y opaca que trascendía de la luna, redonda y nítida en el cielo. Stepan se estremeció a un golpe de tos y se levantó el cuello de la tricota. Alineadas contra la pared, enormes masas de raíces dormían en un triángulo de sombra, a lo largo de la casa. Infinidad de pulpos negros parecían retorcerse, endurecidos de frío, y se adivinaban contorsiones de dolor, y gritos de angustia, en el silencio áspero, amenazador, de la noche.

Stepan miró largo rato el cementerio de raíces, y el aire fresco de la noche le puso delante la realidad del Chaco, y el

silencio, también áspero y amenazador, de la selva.

Stepan se irguió en la sábana blanca de la luna, y su sombra se agigantó en la pared.

Después, fué a su cuarto, el más pequeño de la casa, y se hizo el té. El agua caliente y el olor de la infusión le repartió un sosiego alegre por todo el cuerpo. Estaba muy cansado y tenía sueño. Pero antes de acostarse quiso llegar hasta una vieja raíz, arrinconada desde hacía meses bajo la galería, y se fué acercando a ella, lentamente, mientras la tijera de su sombra se abría y se cerraba en el patio. Luego, ya frente al montón informe, su cuerpo delgado se quebró varias veces en ademán de atisbo, anhelantes los ojos de dar con la palabra de Dios. Él tenía que robar esa palabra. Al fin y al cabo, ¿qué era sino un ladrón? La obra estaba siempre allí, en las raíces, y él se apropiaba del trabajo de Dios.

La raíz esperaba. Ella era la selva, toda la selva, y Stepan aspiraba el olor a

tanino como si estuviera bebiendo. Había aún pedazos de tierra adheridos a la corteza. Y los muñones negruzcos se retorcían, en un afán de afianzarse de algo.

La noche estaba en su hora más profunda y más quieta. Un árbol que se levantaba cerca de la puerta tembló un poco y esparció manchas obscuras sobre la pared.

Stepan miraba la raíz con violenta ansiedad. De pronto, los ojos color de zinc se llenaron de luz, y la boca grande se abrió bajo el bigote en una sonrisa de triunfo.

—¡Ya está! ¡Ya está!

Y las manos, crispadas, recorrieron la corteza, poseedoras del secreto.

PENÉLOPE

FALTAN diez minutos para el comienzo de la clase. Mlle Ribot entra corriendo en el Colegio de Francia. ¿Prisa de sabiduría? No. Es el frío de París quien la acucia, enrojeciéndole las mejillas de color de ámbar. Desde la verja hasta la escalinata, sus pasos trituran la arena del jardín, en línea recta. Ya dentro del aula, respira. M. Croisset no ha llegado todavía. En el pentagrama de los bancos, una docena de notas negras aguarda. Son los alumnos de siempre. Barbas a lo Anatole France. Ojos vacíos de toda expresión, desdibujándose tras de las gafas. Abrigos pardos y venerables, y el mango de los paraguas, asomando bajo las manos de pergamino. Mlle Ribot cuenta hoy hasta tres viejas, de luto las tres, y curvadas, como garfios, hacia los pupitres. Una de

ellas hace crochet, y de vez en cuando empina la nariz para averiguar la presencia del profesor. El estudiante japonés se ha quedado con los brazos cruzados encima de los apuntes. El poliedro de su cara está impasible. Ni siquiera mueve los ojos, incrustados en los dos círculos de carey. La sala gris se va decorando, poco a poco, de toses. Hasta que se oye un crujir del piso y el sillón de la cátedra recibe la visita reposada del profesor. Ruido de hojas de papel e impaciencia de lápices. M. Croisset empieza a hablar. Su voz amortiguada surge del silencio con dulzura, y Mlle Ribot hace esfuerzos inauditos para no perder una sílaba. Hoy hablará de una rapsodia de la Odisea. Y de Penélope.

Mlle Ribot ya no siente frío. Instalada dentro de su gabardina kaki, apenas si separa del cuerpo el brazo, distendido sobre un cuaderno, que va llenando rápidamente. Entre las cuatro paredes envejecidas de la clase, M. Croisset ha conjurado a Penélope. Itaca duerme su esperan-

za en el mar, y la mujer de Ulises vela en el palacio. Los pretendientes la asedian, y ella resiste. Cuando sus manos tejen y destejen el velo, el rostro barbado de su esposo es el que siempre se ubica ante sus ojos. Mlle Ribot está emocionada. En un intervalo de silencio, mira hacia atrás. Las tres o cuatro barbas que aún quedan en el salón, duermen un sueño sin sobresaltos. Las demás, como todos los días, se han ido a los diez minutos justos de empezada la clase. Todavía hay una silueta negra que va acercándose a la puerta, rígido bajo el brazo el paraguas. Solamente el japonés y los jóvenes americanos que están en el último escaño, siguen el minucioso comentario de M. Croisset. El japonés toma también apuntes. En los pómulos amarillos se solivianta una voluntad de trabajo, y los círculos de carey brillan cada vez más.

Mlle Ribot vuelve a Penélope. Su fidelidad la admira. Y se coloca, poco a poco, bajo la túnica blanca de la griega, para aguardar a Ulises. Pero el suyo es un

Ulises barbilampiño y estudiante de medicina. Los veinte años de espera, apenas si son aquí unas horas, las que se llevan la Facultad y el laboratorio de análisis donde trabaja. Su recuerdo le entibia un poco las mejillas. Y la conmueve. Es su único amor. Como Penélope, ella sabrá vivir ceñida a su cariño, sin suplantarlo nunca. ¿Qué estará haciendo ahora, entre retortas y tubos de ensayo, mientras ella pasa revista a su cariño? M. Croisset hace muy bien en ponderar a Penélope. Un solo hombre, en la vida. El corazón le late de heroísmo, y sus manos hubieran querido también castigar a los pretendientes. La tensión nerviosa le ha descompuesto algo la melena, y recurre a su bolso de mano, el restaurador. Rectángulo de espejo y dos ojos cariciosos que brillan en la sombra. M. Croisset ha concluído su clase. Un aplauso lacónico rubrica sus últimas palabras y la lectura de los versos. Las notas negras se yerguen en el pentagrama, y salen, entre un ruido de toses y

de paraguas. Afuera el frío hace tiritar otra vez a Mlle. Ribot. Frío gris del Barrio Latino, y viento en los boulevares. Mlle Ribot toma el de Saint Michel, y se aleja casi corriendo. Lleva las manos metidas en los bolsillos de su gabardina kaki y las dos puntas de su bufanda dan latigazos al viento. Va contenta. Lleva el alma de Penélope dentro de ella misma, y este descubrimiento la alboroza. Al pasar por un café, frente al Museo de Cluny, un muchacho le sale al paso y le habla. Ella le arroja una mirada de indignación. Y apura el paso. Persecución nutrida de audacias. En una esquina, ella se vuelve, para intimidarlo. Se parece a Rodolfo — piensa luego — pero no es precisamente él.

Mlle Ribot va ahora tan lejos, que apenas si se la ve. Pero su paso es menos ligero. Y ya no va sola.

LA NOCHE DE SAN SILVESTRE

I

SEIS de la noche. Berlín. Y viento polar. Viento y nieve descolgándose del cielo obscuro. El automóvil avanza lentamente, amordazado por el tráfico denso y los guiños rojos y verdes de las señales. Mi curiosidad se escapa por la ventanilla y se pone a cazar asombros, entre las siluetas que se mueven en la noche. Abrigos de piel, culminados por un redondo gorro ukraniano. Paquetes, muchos paquetes multicolores que se mueren de frío, llenos de emoción familiar. Multitud abigarrada y humeante, que va navegando la Friedrichstrasse. ¿Y las mujeres? Las mujeres han cedido su coquetería al invierno. Sus botas a media pierna marcan pasos

de varón. Van con prisa. Todo el mundo tiene prisa esta noche. Urge la llegada del nuevo año. Berlín tiene un estremecimiento eléctrico, y se vuelca en las calles, y llena los cafés, y se trepa a los ómnibus, blancos de nieve.

Las calles, anchas, se abren como heridas. Y los letreros luminosos se esconden en la niebla. Y mil ruidos distintos se dibujan en el aire, y se estiran a lo largo de los edificios obscuros, y mueren arriba, en el cielo.

II

Solo en Berlín, prisionero en una pieza de hotel. Las manos a la espalda, voy trazando diagonales de angustia, fijos los ojos en la alfombra color de sangre. La soledad me sigue, como una sombra de hielo, y cuando quiero atraparla, se esconde en un rincón, junto a los sillones, y se queda espiándome. Me asomo a la ventana y levanto la cortina. Los dos vidrios

superpuestos están empañados y cuadriculan un paisaje luminoso. Transversalmente, muy transversalmente, llueven copos de nieve sobre la calle. La habitación está tibia, y afuera hace frío. Pero la soledad, la angustia, me cercan.

Y falta poco para la media noche. El viejo año parpadea, como una vela ya casi extinguida. Los copos de nieve, mariposas blancas, revolotean a su alrededor.

III

Mis pasos sin ruido se detienen ante un rótulo: Café König. ¿Quién me acercó al oído este nombre, hace días? ¿Fué la bailarina rusa, compañera de viaje, o su amigo, el alemán de ojos color de cielo? Café König. El letrero luminoso me llama desde arriba. Y entro.

El mozo se aleja hacia el guardarropa con una montaña de abrigos. Yo me hundo en un sillón rojo. El enorme rectángulo del salón está acribillado de luces y de cosas brillantes. Se cruzan las serpen-

tinas en el aire humoso. Y un sinnúmero de espaldas desnudas surgen como flores en todas las mesas.

Lejos, la orquesta inicia un redoble cínico, y se alcanzan a ver las parejas bajo las estrellas de cristal.

Hoy, los berlineses han dejado sus preocupaciones en su casa, junto a los cuadros de ciervos y de claros de luna, y quieren divertirse. Todos tienen gorros colorados o plumas en la cabeza, y las cornetas de cartón van desmoronando los últimos minutos del año. Mi compañera de mesa me explica, en un francés precipitado, ciertos pormenores de la fiesta. Y me señala a un alemán rasurado y rojo, muy afanado en arreglarle el cabello a la camarera. Es un profesor de filosofía. Ahora, los primeros principios están danzando alrededor de su calva, irreverentes.

La atmósfera del café está cada vez más electrizada. Las risas y las copas se quiebran a la par. Del salón de baile irrumpe una fila india convulsionada de música,

da dos o tres vueltas entre las mesas, y se aleja, sumergida en una nube de aplausos.

Último minuto del año. Centenares de copas brillan en lo alto y un ruido espeso sube de la calle, del café, de la noche misma, y se expande por todo Berlín.

Pero mi champaña está amargo. Y ya no veo ni luces, ni espaldas desnudas, ni ojos que sonríen. Lo próximo y lo lejano se unen, hasta confundirse, y me siento hundir en el vacío. Yo no estoy en mi mesa, como todos los años. El tumulto no me ha contagiado sino un momento. Y la soledad me aprieta la garganta. Y dejo la copa en la mesa, entre las serpentinas.

IV

Camino de nieve, en el Tiergarten negreante de pinos. Nieve blanda y crujiente. Nieve que corona las estatuas de los emperadores y luego se acuesta en los senderos, cansada de volar.

Cerrando la Avenida de los Tilos, la puerta de Brandenburgo clausura también, esta noche, el silencio del parque. En la sombra de los pinos bailan los gnomos, y las estrellas bajan del cielo y empiezan a brillar en el camino. Y luego todo se acaba. Queda la noche, y queda la nieve, dormida ya, y sin moverse.

V

¡Buenos Aires! Desde el corazón de Berlín, mis labios te dicen como si fueras una oración. Mis ojos se cierran para verte. Y veo también una mesa con una silla vacía, y una cabeza blanca. Una cabeza blanca que yo apretaría ahora, con toda mi alma, contra mi pecho.

¡Buenos Aires! Mis labios ya no te dicen porque no pueden hablar.

Camino de nieve. Solo, entre los pinos.

UNA PANNE

I

FANNY soltó el volante, preocupada. En los últimos kilómetros la respiración de su auto había entrado a ser irregular, y al subir un repecho, se asustó. Sus manos enguantadas se crisparon en el volante y, por vez primera, desconoció su coche. Acostumbrada a él, lo halló, de pronto, con un pulso distinto. Movió nerviosamente las palancas, y al hacer una maniobra, las ruedas se clavaron en la huella, con brusquedad.

Durante unos minutos quedó sin moverse, recostada en el asiento. Luego se quitó los guantes, dedo a dedo. Abrió la portezuela y bajó. Hacía viento. Un viento sin ruido, que se arremolinaba ante ella y henchía su falda color de cereza. Se me-

tió las manos en los bolsillos del sweater, de un blancor de espuma, y su figura hecha de rectas se adelgazó aún más, junto al rectángulo negro, ya vacío de fuerzas.

Como le molestara el sombrero, se lo quitó de un tirón y lo echó al auto, mientras se mordía rabiosamente los labios. Unos labios premiosos y de tinte dulzón. Exquisitos.

¿Qué hacer, sola en aquel camino poco frecuentado, y próxima ya la noche? Sus ojos pasaron revista a las nubes, alineadas como en orden de asalto en el cielo azul, y se detuvieron, luego, en el auto. ¿Si lo pudiera arreglar? Se aproximó, cautelosa, y levantó la tapa del motor. Con las manos en la cintura y alargado en muda interrogación el rostro, estúvose contemplando las vísceras dormidas, atenta a la menor anormalidad. Pero sus conocimientos de mecánica no iban más allá de la musculatura del dínamo, ahora en reposo, y de las bujías. Sin embargo, tocó, muy con la punta de los dedos, algu-

nas piezas, atornilló, zarandeó, sin resultado. Los dedos de nieve se hundían en el organismo enfermo como si hubieran estado trenzándose sobre una labor.

Luego zapateó con indignación, y desgarrando el pañuelo con los dientes, empezó a describir alrededor del auto curvas cada vez más amplias, deseosos los ojos de descubrir, a lo lejos, un indicio de salvación. Pero nada.

Tarde.

Tarde sin gente y sin ruido, en medio del campo.

Lejos, la sierra se acostaba sobre la sombra con morosa voluptuosidad, y por encima de un bosquecillo de palmeras, en dirección de Capilla del Monte, brillaba la pupila azul de Venus.

Fanny sintió que sus ímpetus iban aflojándose, y un gran desconsuelo se le entró, llorando, por los ojos. Una ráfaga de aire frío le heló la cara, y la sacudió de la cabeza a los pies. Después fué hasta el coche, y se sentó en el estribo. Debía estar muy pálida. Entonces se acordó de

que había llevado su cartera. Se miró en el espejito. En la pequeña luna biselada, aparecieron dos ojos cargados de noche, y un rocío de lágrimas humedecía las pestañas.

Durante unos minutos, el silencio que la rodeaba con propósitos de conquista quedó absorto, viendo cómo la precisión nerviosa de sus dedos daba color a sus labios, sonrosaba, aún más, las mejillas, y magnificaba, quién sabe con qué designios, la sombra de las ojeras.

Acabada la reparación, sus ojos se hundieron en la tarde, ya casi fenecida. Un acorde de ranas empezó a acompañarla, y el olor del pasto llovió frescura sobre su corazón. Por un momento se olvidó del auto y de su abandono, y quedó, quieta, sin voz, mirando la tarde, como quien mira un tren que se aleja.

Y silbó el tiempo, en sus oídos. Y lo vió quemarse, minuto a minuto, en el reloj de la luz. Levantó los ojos al cielo azul ceniciento, de una uniformidad abrumadora. Qué poca cosa era ella, en ese mi-

nuto de la tarde. Cuántas, antes que ella, habrían sido, y cuántas, luego, habrían también de ser. Y su vida se le iba de las manos, y ella no lo había sabido ver. Y mañana ya no sería, y todo seguiría lo mismo. Las estrellas del cielo empezaron a bailar una ronda y sus ojos asombrados se quedaron ciegos, agujereados por el puñal de la noche.

De pronto saltó el elástico de su cuerpo, y agitó un grito en el aire, como un náufrago. A lo lejos habían aparecido los dos ojos luminosos de otro auto. Estaba salvada. Fanny vió cómo los dos regueros de luz trazaban una curva en la sombra leve, y cómo enderezaban después hacia ella.

Luego corrigió los pliegues de su falda, se arregló el cabello, y avanzó por el camino, temiendo y deseando la aventura.

El auto se había detenido cerca del suyo. Fanny vió venir de la sombra un muchacho rubio, y no sintió que le estrechaban la mano porque la sonrisa de unos ojos azules le había abierto una claridad

a la noche. Pronto se serenó del todo. Era su vecino de hotel, un inglés que no sabía ni una palabra de español.

En trance de hacerse entender, Fanny retrocedió a los tiempos prehistóricos, y con gestos, explicó a su rubio amigo la situación. Éste rió, se llevó las manos a la cabeza, rió otra vez, y quitándose el saco, empezó a volver los puños de la camisa, ante el rubor, disimulado por la obscuridad, de Fanny. Luego empezó a hablar en inglés, y a ella le pareció una lengua muy linda, y lamentó con toda su alma no haberla querido aprender cuando niña. Pero se acercó a él, no obstante esta contrariedad, y trató de hacerle ver que lo comprendía todo.

Y el inglesito empezó a mover las piezas del motor, yendo de una parte a otra con inusitada rapidez, probando a cada momento la máquina, mientras empuñaba con una mano el volante. Luego se tiró al suelo y se deslizó bajo los engranajes del coche. Y Fanny lo escuchaba reir y parlotear abajo, mientras aprovechaba el momento para retocar un poco sus labios.

Al rato, el auto quedaba listo. Sacudiéndose las manos de tierra, el muchacho reapareció ante Fanny, invitándola a subir. Hubo un ruido de portezuelas que se cierran, y luego, el arranque. Musculoso, casi en silencio.

II

La noche es un subterráneo azul. Los dos coleópteros luminosos la atraviesan, sin ruido. Y la paralela inicial, lejos de prolongarse hasta el infinito, va juntándose cada vez más, hasta tocarse.

En los ojos azules del muchacho, se soliviantan todos los paisajes del júbilo, y cuando buscan los de Fanny, vuelan de su boca palabras de colores.

El fresco de la noche viene dando saltos en un canto de ranas. Y la sombra azul se encrespa de ruidos. De ruidos que hacen golosa la intención de quererse.

Una tranquera, corta, de pronto, el camino.

Frenos que crujen. Risas, que son igua-

les en inglés que en criollo. Amplias, desceñidas de toda preocupación, cortan el aire limpiamente, como un cristal.

El inglesito se baja del auto y abre la tranquera. Luego, antes de subir de nuevo, se aproxima a Fanny, y le ofrece un cigarrillo. Ella lo acepta. Está audaz. La aventura tiembla levemente en sus pestañas.

La llama de un fósforo ilumina dos bocas juveniles muy próximas.

Y ocurre un beso.

Inevitable, apenas rechazado.

Enseguida, un acelerador que entra en funciones y otra vez las luces subrayando la noche. Pero esta vez no van juntas. Una persigue a la otra, que se escapa.

III

Al otro día, por la mañana.

Terraza blanca del hotel, con sillones blancos y una enredadera que el viento hace cabecear, en la pérgola.

Fanny, vestida de azul eléctrico, está de pie, con un libro contra el pecho. Habla

con Silvia, y ambas se rien, traviesamente.

La puerta del comedor se abre, y aparece el muchacho inglés. Pantalón blanco, saco azul, con ribetes, y una raqueta de tennis en la mano. No lleva gorra, y el cabello rubio brilla al sol.

Viene hasta Fanny, alborozado de palabras risueñas y dulces.

Pero a mitad del camino, se queda inmóvil, con los ojos azules agrandados de estupor. ¿Será posible?

Fanny apenas lo ha saludado con una inclinación de cabeza. Como si no hubiera ocurrido nada. Luego, vuelve la espalda, y sigue conversando con Silvia.

Sus carcajadas suenan en el aire, purificado de sol y pájaros.

Y una bandada de palomas huye, en remolinos blancos, sobre la terraza.

LA ESFINGE

I

SÍ, yo he estado enamorado una vez. Una vez sola. Los que digan lo contrario mienten. Comprendo, sin embargo, que he disipado mi vida en miles de aventuras. ¿Y cómo ha podido ocurrir así? Yo he tenido siempre, de pequeño, una trágica timidez. Todo me avergonzaba, no me resolvía jamás a realizar una iniciativa. En el colegio era el que más sabía pero a menudo me costaba mucho trabajo hablar, y pasaba por un distraído. Yo sé muy bien que a nadie le gusta confesar que ha sido tímido. ¿Cobardía? ¿Temor al ridículo? Quién sabe... Pero yo puedo decirlo aquí. ¡Si descubrieran este cuaderno mis soldados! Y así somos muchos

en la vida. Para mi regimiento, yo soy el capitán Duval. Cuando bajo todas las mañanas al patio del cuartel, los muchachos se dispersan como ovejas asustadas y no se oye sino el ruido de las botas. Buenos muchachos, pero hay que endurecer la pupila y apretar bien las mandíbulas como si se triturase siempre una maldición. De lo contrario, pobres de nosotros, los capitanes jóvenes.

Acabo de decir que fuí un niño tímido. Mis padres vivían cerca de la frontera, en una ciudad muy triste cuyo nombre no quiero decir ahora. Una casa muy grande, muy grande, y llena siempre de silencio. Se tropezaba con el silencio en todos los rincones, y el tic-tac de los relojes, escondidos en la sombra, hacía daño. Me acuerdo de la pajarera, que estaba en una esquina de la terraza, y donde nunca vi más que un solo canario, que ya no cantaba, sin duda de viejo. Había también una galería muy estrecha, con una claraboya de vidrios azules y rojos en el techo, y en la que estaban colgados los

cuadros de nuestros antepasados. Nunca salíamos a la calle. Nuestra madre hacía labores, y muchas veces se sentaba con nosotros junto a la ventana y nos leía libros antiguos. ¿Por qué no saldría nunca nuestra madre? ¿Por qué no haría ella también visitas, como todas sus amigas? Ahora, cuando me acuerdo de su belleza fresca y pura y de las barbas de gran celoso de mi padre, lo comprendo todo. Una vez al año, íbamos al castillo de María Brusson, mi abuela materna. Era un verdadero viaje, mitad en diligencia, mitad en caballos, y nosotros no pensábamos en todo el año sino en aquellos dos meses de libertad. Ya el castillo no nos pertenece y hoy mi padre bien que se arrepiente de haberlo vendido. Pero vinieron años muy malos, empezaron a cercarlo las hipotecas y los vencimientos, y hubo que sacrificar aquel pedazo de paraíso, como lo llama todavía mi madre. En aquellos campos cubiertos de bosques, en aquellos viñedos, qué felices fuimos de niños. Sin embargo, yo empezaba ya a sentirme me-

ditativo y me gustaba la soledad. Recuerdo que una vez mi madre nos llevó a Sergio y a mí a casa de la señora Riolet, amiga suya desde hacía mucho tiempo y que vivía cerca de nuestro castillo. A pesar de la diferencia de nacionalidades — mi madre es cubana y la señora Riolet era francesa, nacida en aquellos mismos sitios — se querían mucho. Yo estaba en el enorme salón tapizado de verde, con las manos metidas en mi abrigo de piel, y al lado de mi madre. Sergio se puso a jugar con el gato, un hermoso gato blanco, a quien hacía rodar por la alfombra morada. La señora Riolet no cesaba de elogiarme, maravillada de mi aire serio, de mis cabellos rubios, que según ella los hubiera querido para su hija, y de lo bien que iba en mis estudios. ¡Cuánto sufrí aquella tarde, Dios mío! Hubiera querido soltarme de los brazos de mi madre, que me retenían cariñosamente, y escaparme al jardín, al campo, a donde nadie me viera ni nadie se ocupara de mí. Por suerte Dios fué piadoso y no prolongó mucho

tiempo mi tortura. Quien me salvó fué Boris, que en aquel momento entró en el salón como una tromba y después de besar a su madre se acercó muy ceremoniosamente a saludarnos. A poco, y no sin gran sobresalto para mi madre, que no nos podía dejar solos un momento, salimos los tres, Boris, mi hermano y yo, al parque. Boris tenía tres años más que yo. Era díscolo, y sacaba siempre el pecho con gran petulancia. Nos trataba con afectada displicencia, con aires de protector. A veces, se olvidaba de nosotros y se perdía por un rato largo. Sergio y yo lo admirábamos, a pesar de todo. Aquella tarde nos llevó a la bodega y, rogándonos no dijésemos nada, descolgó un rifle que estaba entre los toneles, y él delante y nosotros dos detrás, tomamos una senda cercada de boj y nos fuimos alejando del parque, como tres ladrones. Ya en el extremo de la arboleda, Boris se adelantó hacia un macizo de pinos. Iba vestido de azul, pero la cabeza llameante lo delataba entre el verdor de las ramas. En sus manos, el ri-

fle, con el caño hacia el suelo, le daba proporciones gigantescas.

—Vamos — me dijo mi hermano, tomándome de la mano y tirando hacia él.

—No, yo me quedo aquí.

Y allí me quedé, con las manecitas frías a la espalda, oyendo la granizada de tiros que hacía volar desesperadamente a los pájaros sobre los árboles. Boris y los estampidos del rifle estaban en aquellos momentos en otro mundo, muy lejos de mí. En un mundo en el que yo hubiera querido ser también héroe y medir mis fuerzas, pero del que me apartaba no sé qué instinto de quedarme fuera de las cosas, temeroso de todo. Y aquella tarde, las detonaciones eran como esos tiros que los cow-boy's disparan en el circo a las velas encendidas, hasta apagarlas una a una. Luego se hizo otra vez el silencio, y sólo se oían las voces de Boris y de Sergio, que correteaban entre los troncos, buscando los pájaros caídos.

II

Pero nosotros podemos hacer de nuestro carácter lo que queramos. Esto bien lo sé yo. Nuestro carácter es como el uniforme de mis soldados. En los primeros días, después de cada reparto, el regimiento es una cosa bien pintoresca. A quien le sobran mangas, a quien le explota la casaca, a quien los pantalones se le pliegan como farolillos japoneses. Son un centenar de bultos verdes evolucionando sobre los ladrillos del patio. Luego, poco a poco, los perfiles van moldeándose mejor. Claro es que siempre hay trazas disparatadas, pero los que tienen más orgullo son, al final, los más elegantes. Yo no sé si mi cambio lo debo atribuir a mi orgullo o a mi voluntad, en guardia siempre. Lo cierto es que, al entrar en los diez y ocho años, mi brújula osciló violentamente y tomé otro rumbo. No perdí del todo mi seriedad — mi primera consejera fué mi madre, y ella sabía lo que hacía — pero lo que sí perdí, para felicidad mía, fué la

timidez. Por eso, cuando empecé a hablar de Macha, (creo que no he puesto todavía su bonito nombre en mi cuaderno, pero es que cuando pienso en ella, se me viene toda la infancia a la memoria, y es muy difícil huirle a los recuerdos), decía que al empezar a hablar de Macha, tuve que poner las cosas en su lugar. Vamos a ver, ¿merezco o no merezco la fama de enamorado peligroso? ¿Habré sido toda la vida un inconstante? Andemos despacio, amigos míos, que estos son caminos de caer y equivocarse a cada paso. Es muy fácil censurar al prójimo, pero yo quisiera ver cómo han sido Desplats, Bretigny, Toulet, y tantos otros camaradas míos, que todo el mundo cita como modelos de hombres. Ante todo, ellos serán más escrupulosos que yo, no lo dudo, pero entre las chicas, nada. No tienen nada que hacer. Ayer mismo, en el baile de la Embajada, casi tuve que recurrir a toda mi energía para no dejar viudo a Lasker. Fué su pareja la que me obligó a sentarme en su mesa, y coktail va y coktail viene, la pe-

queña rubia me retenía en una forma alarmante. ¿Que he tenido muchas aventuras? ¿Que me he batido en duelo yo no sé cuántas veces? Y bien, ¿qué? Líbreme Dios de ser jactancioso. Si algo odio yo en la vida, es la jactancia. Y si además, quien luce esta estupenda cualidad, es capitán de artillería, no hablemos. ¿Hay algo más insoportable que un capitán de artilleros cuando quiere darse importancia? Pero existen verdades viejas como el mundo. Y una de estas verdades venerables es que hay hombres cuyo gesto interesa siempre a las mujeres. En esto no tienen nada que ver el talento, la riqueza, las circunstancias. Hasta el sér más ínfimo de la creación, puede haber nacido predestinado. Bueno, en resumen — estoy escribiendo desde las diez, y la noche está cada vez más fría — que he tenido numerosas amigas y que me he enamorado sólo una vez. La frecuentación del amor, lejos de apartarnos del amor verdadero, nos predispone a él. Cada corazón de mujer que sentimos nuestro —

aunque sea por pocas horas solamente — nos acerca más al corazón de una mujer, de aquella a la que esperamos siempre encontrar. Y ése, sólo lo tendremos una vez en la vida, una sola vez.

Macha fué para mí ese corazón que esperamos siempre encontrar. Hace un rato, cuando creía percibir su perfume a flores marchitas, he medido el enorme vacío que dejó en mis sueños. Hoy — hace poco he cumplido los treinta y cinco años — he dicho ya adiós a muchas ilusiones de la vida. Y ella, ella está en mí, con la firmeza del primer día.

III

A los dos años de estar en servicio activo, y durante unas maniobras de muchos días sobre la nieve, me enfermé. Estábamos cerca de la frontera de Suiza, y mis jefes decidieron enviarme sin pérdida de tiempo a un sanatorio, anexo al Hospital Militar, y que acababan de instalar allí. El caso era como para no dudar. Dos hemop-

tisis, denutrición alarmante, y temperatura entre treinta y siete y treinta y ocho grados todos los días. A más, una tos... A mi pobre madre no le dijeron nada. ¿Qué se hubiera ganado, tampoco? Pues bien, que me dejaron en una habitación donde no había más que mi cama y un armario, y una ventana por la que se veían las montañas, cubiertas ya de nieve. Me acuerdo de ellas como si las estuviera viendo ahora. Eran tres conos. La nieve blanqueaba únicamente las cúspides, y entre los pliegues los bosques de pinos parecían manchas de sombra.

Veinte años, solo, y enfermo. Y no digo más. Cada vez que recuerdo aquellos meses, me tengo una compasión infinita. Es como si me acordara de otro. Pero en fin, ya todo pasó. Y ahora, cualquiera va a creer que yo fuí, alguna vez, un "caso difícil". Me curé del todo. ¿No dije hace un rato que yo era una persona de voluntad? Porque para salvarse, cuando los médicos mueven la cabeza a los pies de la cama y la hermana de caridad que nos cui-

da se arrima a la ventana enjugándose una lágrima, es necesario tener voluntad, una gran voluntad.

He dicho que me curé. Antes del año y medio ya me habían dado de alta, pero mis jefes me hicieron quedar medio año más en la montaña, dejándome libertad para vivir donde quisiera. Fué así como un buen día llegué a Lucerna. Y estar en Lucerna y no hacer excursiones al Rigi Kaltbad o al Monte Pilatos es como pasar por París y no subir a la Torre Eiffel. Una mañana, muy fría, muy gris, con una niebla que no dejaba ver a tres pasos de nosotros, llamé al mandadero del hotel, lo cargué con dos de mis valijas, bien repletas, y nos fuimos caminando hasta el muelle. El lago estaba tapado de neblina, y el pequeño vapor había dado ya las tres pitadas de reglamento, listo para partir. ¡Qué viaje más delicioso! Así debían ser todos los viajes del mundo. Tranquilo, cómodo, fácil como un cuento de niños. Yo me iba acordando de Guillermo Tell, al reconocer, en algunos promonto-

rios agrisados, y en el mapa, los sitios célebres. Poco a poco la niebla fué disipándose y se alcanzaron a ver los montes y las casas rodeadas de pinos, temblando sobre la movilidad de espejo del agua. Los pasajeros preferíamos ir de pie. Entre nosotros viajaba un ternero blanco y colorado y un par de perros. Los perros bajaron con su amo, un anciano de barba partida en dos y gran sombrero negro. El ternero, con el hocico húmedo agachado hacia el piso, nos acompañó hasta el final del viaje.

Cuando llegamos a Rigi Kaltbad, ya el sol empezaba a desflecarse entre la niebla. Tiraron la planchada y bajamos a tierra. El tren de cremayera nos estaba esperando, y a poco, erizado de bastones y skis, empezó a trepar por la montaña, colgándonos en el aire, entre el resplandor de la nieve y el verdor de los pinos.

Cuando uno entra en un hotel por primera vez, y más si ese hotel está en Suiza y es la estación de las nieves, dividimos de un golpe a sus pensionistas. De un lado,

los que nos van a interesar. Del otro lado, los que no suponen nada para nosotros. (De estos últimos, pasado el tiempo, no conservamos el más mínimo recuerdo, y se habrán cruzado por nuestro lado, sin existir). Yo me instalé en un grupo de muchachos ingleses y alemanes, muy simpáticos, y estuve diez o doce días rayando con mis patines la pista de hielo, o dejándome caer, como un pájaro, sobre la nieve floja y crujiente. Pero un día... (Siempre hay en nuestra vida un día. Hemos vivido muchos, pero para nosotros, ése sólo fué el único).

Un día, decía, descubrí a Macha. Hacía ya cerca de una semana que la veía, en el comedor, en la sala donde tomábamos café, en algún recodo del camino, cuando regresábamos al hotel. Pero sólo aquel día la descubrí. Volvía yo de haber andado mucho rato por la montaña. Tenía los pies insensibles, y sentía las manos inertes dentro de los guantes. En mi abrigo de piel se adherían pequeños grumos blancos y yo andaba y andaba por la vere-

da de nieve, entre la roca, cubierta también de nieve y de estalactitas, y una hondonada peligrosa, un verdadero precipicio anegado de obscuridad. Abajo, y muy a la distancia, se oían las campanillas de un trineo. Después, todo era silencio. El silencio de la nieve y de las alturas, y la impasibilidad azul, durísima, del cielo.

Llegué al hotel muy cansado. Me tiré en un sillón de la terraza, sacudiéndome la nieve de las botas. Luego me limpié los ojos, mojados de frío, y me quedé respirando con fatiga. A poco, se abrió la puerta del hall y apareció Macha. Alta, muy delgada, con un saco de terciopelo negro y una falda negra también, con muchos pliegues. No tenía sombrero y llevaba el cabello rubio recogido en la nuca en una trenza horizontal. Se acercó a la baranda, y se quedó mirando a lo lejos. Serios sus ojos, de un color obscuro y triste, y ausentes, como si miraran un recuerdo. Seria su frente, ligeramente plegada bajo el ángulo del cabello. Serios, de una seriedad sin desmayos, sus labios rojos. ¡Ma-

cha! ¡Qué bonita era, y qué rara! Nunca reparaba en nadie. Los del hotel, no existíamos para ella. Fué la única que rompió con las exigencias sociales. Estaba siempre al margen de las cosas. Inasequible. Huidiza.

Macha — siempre se saben las cosas cuando hay camareros italianos al alcance de la mano — paraba en el hotel con su madre, convaleciente de una enfermedad del pecho. Madre e hija, eran rusas.

—¿Bolcheviques, quizá?

—No, señor, al contrario. Vienen aquí todos los años y yo las conozco bien. Han perdido gran parte de su fortuna con la revolución. Son desterrados.

—¡Ah!

A pesar de la simpatía que en aquel tiempo sentía por la revolución rusa, Macha adquirió ante mis ojos, desde entonces, un prestigio de mártir. Y en verdad que aquella manera de mirar siempre a lo lejos, sin fijarse jamás a su alrededor, le sentaba muy bien. ¿Necesito decir aquí

que a los pocos días no pensaba yo en nadie ni me preocupaba otra cosa en el mundo que Macha? Y... ¿me atreveré a decirlo? (De todas maneras, nadie va a leer esto). Pues ocurrió que mi segunda personalidad se escondió un poco, y surgieron, desde el fondo de los años, mi timidez y mi tristeza de niño. Rehuía la compañía bulliciosa de mis nuevos amigos, y me pasaba todo el día caminando, horas y horas, como un alma en pena, por los caminos más difíciles y solitarios de la montaña. De mañana, el sol me pintaba de optimismo todas las cosas, pero no bien la tarde empezaba a surgir de las sombras de los precipicios y de los pinos, una angustia silenciosa me iba acosando lentamente.

A todo esto, Macha no parecía reparar en mí. Ya dije antes que era muy rara. Nunca habló con nadie. Todo gesto de acercamiento se detenía ante su frente, ligeramente plegada, y ante el rictus de los labios, que no sabían sino callar.

Macha no era de nadie. Macha no parecía de este mundo. Cuántas veces pasa-

mos uno al lado del otro sin que ella me mirara, siquiera por curiosidad. El perfume de su cabello, que quedaba revoloteando en el aire, el ruido de sus pasos en la nieve, eso era todo. Pero yo no podía vivir así. En las horas que pasaba pensando en ella, fraguaba mil planes, que luego, frente a la expresión de ausencia de su rostro, se desvanecían, como si hubiesen sido de humo. Empecé a enflaquecer, y muchos días preferí quedarme en mi cuarto, junto a la estufa, leyendo una novela. ¡El mundo había cambiado tanto para mí! Antes, la ilusión brillaba siempre en mi camino, y yo me sentía feliz porque podía extender mis brazos hacia ella. Ahora... Ahora yo era solamente una sombra, extendida a lo largo de una estatua de piedra.

Para mayor desgracia, el departamento de Macha estaba al lado del mío. Escuchaba sus pasos en la alfombra, las puertas de los armarios, que chirriaban sordamente, una silla que cambiaba de lugar, los zapatos, al descalzarse. También

ella debía dormirse tarde, pues el ruido de la llave de luz no se oía hasta muy entrada la noche. ¿Leería? ¿Se quedaría desvelada? Y yo adivinaba el ritmo de su vida, firme, tenso, oculto a todos, allí, del otro lado del tabique.

Una tarde, me decidí a terminar de una vez por todas, y cuando Macha volvía de acompañar a su madre hasta su departamento, para salir a caminar, le cerré el paso en la terraza. Sus grandes ojos, un poco oblicuos, se abrieron aún más de asombro, pero sin mirarme, clavados con fiereza en la lejanía. Y le hablé, le dije muchas cosas. Yo no sé, en verdad, lo que le dije. Estaba muy nervioso y se me atropellaba el corazón en la garganta. Nunca en mi vida había temblado yo ante mi destino como en aquellos minutos, delante de Macha. Luego, callé. Los brazos se me cayeron a los costados, fatigados, sin vida. Y mis ojos se obstinaron en su rostro, ansiosos de recoger un gesto, el más pequeño, que me dijera algo.

Macha inclinó la cabeza, hasta clavar la barba en el pecho, giró sobre sus talones y se alejó, muy despacio, sin decirme nada.

Durante dos días no volví a verla. En el comedor, la mesa que ocupaban de ordinario la madre y la hija, quedaba vacía, con un florero repleto de violetas inútiles a un costado y las pirámides blancas de las servilletas, que nadie desenvolvía. El frío había bajado un poco, y el sol patinaba sobre la nieve sin mancha, enceguecíendonos. Un muchacho inglés, con el que había simpatizado mucho días atrás, se me aproximó otra vez, y fuí tolerante con su amistad. En mi soledad, su compañía me resultaba un consuelo. Era estudiante en la Universidad de Oxford, y un gran jugador de pocker. Me contaba la vida de clase, los partidos de rugby, las copas de plata que había ganado su equipo. Era un excelente corazón. Me mostró el retrato de su novia, una rubia alta, vestida de blanco, y con una raqueta de tennis apretada contra el pe-

cho. A veces yo me quedaba escuchándolo, y él se callaba, y yo continuaba ensimismado, hasta que me sacudía con un golpe afectuoso en la espalda y se llenaba de risas como un cascabel.

¡Macha! ¡Macha! ¿Dónde estará ahora y qué habrá sido de ella?

¿Se acordará de aquel joven oficial de Rigi Kaltbad? Macha, la única mujer que yo he querido de verdad en mi vida... Hoy, pienso en ella como se piensa en el más hermoso de los sueños. Y fué, como los mismos sueños, lejana e imposible. Había un destino extraño que la gobernaba, alejándola de mí. Nunca he sabido nada, y nunca pude dar con ella tampoco. Un secreto, insondable y de rara luz, como sus ojos de asiática, la apartó de mi camino, a ella, que hubiera querido también, quizá, ceñirse a mi vida.

Ya habían pasado dos días sin verla, y me dirigía una noche a mi habitación, amortiguados los pasos por la espesa alfombra, cuando, al pasar frente a su puer-

ta, oí que ésta se abría y vi avanzar a Macha.

Sin saber lo que hacía, me abalancé hacia ella, le tomé las manos, y la fuí atrayendo hasta mí, dulcemente, muy dulcemente, como si estuviese muy lejos y tardara tiempo en llegar. Mis manos le apretaban las muñecas, sin hacerle daño, y el perfume de su cabello se encendía a mi alrededor, en una llama rubia. No me dijo nada, pero sus ojos oblicuos ya no miraban lejos, sino que me miraban a mí. Y su cabeza se echaba para atrás, observándome con ternura, y sus manos temblaban en las mías. Luego, luego vi resbalar dos lágrimas enormes de sus pestañas, y se desató de mis brazos, bruscamente, como quien aparta un gran dolor, y desapareció en un remolino.

Por unos momentos me quedé indeciso, con los brazos tendidos hacia la puerta, que se había vuelto a cerrar. Una íntima satisfacción, llena de pequeñas luces, empezaba a remontar mi vida, como un río silencioso. Y la conformidad volvió a tocarme

el corazón, estremecido todavía por la aparición de Macha.

Esa noche me dormí tarde, pero no me desperté hasta cerca del mediodía. Abrí las ventanas de par en par para que entrara todo el sol en mi cuarto. Mis días estaban ya traspasados de claridad, y la nieve que yo veía blanquear, a lo lejos, me acercaba su mano de espuma para darme los buenos días.

Tenía puesta la alegría como un uniforme de gala, y mis ilusiones desfilaban con paso de revista por el camino de sol que cruzaba, de esquina a esquina, el cuarto. A veces, la mirada de angustia de Macha hacía retroceder mi sonrisa, y me quedaba con la corbata a medio hacer, evocándola con ansiedad. Pero luego sentía su abandono en mis brazos, y su ternura, extrañamente dolorosa, y mi corazón, que no se había equivocado nunca, renacía de gozo.

Salí al corredor, abotonándome el saco de piel y con la gorra bajo el brazo. Al pasar por el departamento de Macha, me

detuve. Las dos hojas de la puerta estaban abiertas, y la luz entraba por todas las ventanas, clavándose en el rojo vivo de la alfombra.

Como un ebrio, me fuí aproximando, poco a poco, y me apoyé en la puerta. En la pequeña sala, todo estaba revuelto. Las sillas se agrupaban en una esquina, en desorden. En el piso, esparcidas, se veían cajas vacías y tiras de papel de embalar. A la derecha, en el dormitorio de Macha, los roperos estaban con las puertas entornadas. Una de las perchas se había caído al suelo y allí dormía, flecha de madera, junto a un lazo de seda azul. La cama, todavía revuelta, abría una gruta de nieve bajo el sol.

Y en el aire, temblando como un pañuelo que nos dice adiós, se iba alejando su perfume.

UNA AVENTURA NOCTURNA

I

LA larga humanidad de Smith se plegó silenciosamente, amoldándose al cuatro rígido que era su sillón de lectura. Luego buceó en los bolsillos, extrajo una pipa, y empezó a fumar. A poco, una teoría de nubes agrisadas brotaba hasta el aire superior de la habitación, achatándose en la blancura del techo.

Smith fumaba. Fumaba y deglutía el silencio, fría, calmosamente. Un espejo veteado de claridad devolvía, en un rincón, su figura, como una fotografía en pequeño. Cabeza rubia, cara larga, con un pequeño acento circunflejo por bigote, y unos ojos azules de colegial. El blanco cilindro que le rodeaba el cuello tenía una cinta de colores voltáicos en el lugar de la

corbata, y aprisionándole la ósea arquitectura, el espejo acusaba un saco negro, con ribetes de seda en las solapas, y unos pantalones interminables, rayados como una zebra.

De pronto, el mecanismo plegado sobre el sillón se irguió en una aspiración de línea recta, y comenzó a cortar el aire espeso de la habitación con sus delgados remos inferiores.

Smith se fastidiaba. Eso era indudable. El arco de sus labios, contraídos por la presencia permanente de la pipa, lo decía bien claro. Y sus ojos azules, que parecían de acero. Y sus manos cruzadas a la espalda. Todo traicionaba a gritos su fastidio, su enorme fastidio.

Smith había realizado proezas inauditas con su auto. Había ganado todos los premios de equitación. Había sentido, siempre, la fiebre de alcanzar, en cada recodo, lo inalcanzable, y había conocido la riqueza máxima, y la máxima pobreza, también. En los cinco cuarteles del mundo, lo acobardó la disciplina de la vida,

y había leído, y había amado, y había quemado sus instintos, hasta cansarse. Pero él quería más. Él pedía al misterio una nueva emoción que lo hiciera temblar, y que lo matase, si fuera preciso.

II

Jorge Smith se ha acercado a la ventana y la ha abierto. La enorme boca de lobo que es la sombra de la noche, se abre y lo traga, en silencio.

Y él se siente traspasado por la misma sombra que lo rodea, y sólo percibe el humo de la pipa que le irrita los ojos. Está en lo alto de una torre y en lo alto de una angustia. Una ansiedad torturante le atenacea las manos, que quisieran romper la noche, y le da una levedad de pájaro que se tiende en el arranque del vuelo. Las aletas de su nariz se estremecen en la espera, y el corazón le golpea fieramente el pecho.

La boca de lobo que era la sombra de la noche, ahora se ha esfumado en una leve claridad, y miles y miles de murciéla-

gos cruzan el cielo y erizan de chillidos el aire.

Repentinamente, los ojos agrandados de Smith se han detenido en una luz que amarillea allá, a lo lejos, junto al río opaco. Y poco a poco, el contorno de una casa vá obscureciéndose, y otras luces amarillentas parpadean como los ojos de un animal de pesadilla. El panorama azuloso del cielo, habitado por una que otra estrella titilante, y el zumbido de luces en la ciudad del horizonte, ya no son nada. Y no ve nada. Y no oye nada. Y no percibe nada en la noche que lo ha atrapado.

¡Aquella casa! ¿Qué misterio se hundiría en el silencio de aquella casa? Cuantas veces espantó la serenidad de su calle con el escape libre de su coche; cuantas veces caracoleó con su caballo frente a la alta puerta cerrada, el mismo silencio de cosa muerta le enfrió el ademán. Sola, en medio de un bosque de cipreses, parecía la residencia de la noche. Entrar en sus galerías debía ser trascendental y peligroso.

Los dueños de los chalets vecinos no habían visto nunca a nadie en la casa, pero la sabían habitada. Y muchas veces, a la hora del crepúsculo, un auto pesado y negro salía y entraba por el sendero rojizo, como un mensaje.

Jorge Smith siente que en la encrucijada de los minutos que está viviendo, se han dado cita todos sus deseos. Y una sonrisa se abre bajo el acento circunflejo de su bigote. Una sonrisa que se le brinca a los ojos, clavados en una luz amarilla que palpita a los lejos, junto al río.

III

Cuando Jorge llegó a enfrentarse con la casa cercana al río, se maravilló de no ver las luces amarillentas en el marco de las ventanas. Las persianas estaban abiertas, pero los vidrios eran cuencas vacías por donde entraba el rocío del cielo. En puntas de pie, gozando el temor del ladrón, fué trazando un rectángulo de pasos en torno del jardín. Nada. Ni siquiera un

ruido de hojas o de pájaros en el ramaje borroneado de tinta. Se detuvo. Sus ojos dialogaron con el muro culminado de lanzas. Y su humanidad plegadiza trazó furtivas quebradas sobre el blanco lienzo de cal antes de flotar como una bandera negra por encima de la verja.

Ya en la obscuridad húmeda del jardín, bajo los fantasmas encapuchados de los cipreses, una especie de placer doloroso le empalideció la cara en acecho. Y se quedó un momento sin moverse, escuchando de los cuatro rumbos del horizonte, como para orientarse. Luego, sigilosamente, se fué acercando a la casa. Su cuerpo, dilatado y negro, tenía rigideces de cigüeña, y avanzaba agachado, con los brazos abiertos como dos alas.

De la densidad violácea de los árboles, surgió la proa blanquísima de la casa, con una reja y una terraza por donde empezaron a patinar los rayos de la luna.

Los ojos de Jorge midieron distancias. Y se abrochó el saco, y se enguantó las manos, con una emoción nerviosa de sa-

berse ya asaltante. Minutos después, sus dedos se aferraban como garras de la menor saliente, y su cuerpo articulado subía, subía cada vez más, en el ecrán de cine que era la pared del chalet.

Cuando puso los pies en la terraza, le pareció que había escalado el cielo. Arrastrándose junto a la pared, para evitar que su sombra se proyectara en el piso, fué andando, hasta que su mano se hundió en un agujero obscuro. Era una puerta abierta. Se aventuró por ella, y una negrura espesa y afilada de amenazas lo azotó como un presentimiento. Era el misterio mismo hecho tinieblas que estaba prisionero en aquella galería cerrada, en uno de cuyos extremos, y ya como muy lejos, vió, al darse vuelta, el cuadrado de luna que se abría a la terraza. Era como un sueño de muerte que se hubiera inmovilizado en el terror de un gesto que no puede concluirse. Era la muerte. Era la presencia de la muerte que se le hacía abismo negro a sus pies.

Jorge avanzó las manos en la obscuridad y no palpó sino noche. Y siguió avanzando, hasta que sus dedos enguantados tocaron una puerta. La puerta estaba entornada, y cedió, sin hacer ruido. Toda la actividad de su conciencia se había cristalizado en el azul de acero de sus ojos. Enormemente agrandados por el terror, ellos se abrían ante la cortina de hollín de la noche, sin poder ver nada. Y el cuerpo cansado en el acecho, ni lo sentía. Y el corazón, amordazado de angustia, ni lo sentía tampoco.

Sin embargo... ¿Sería una alucinación aquello que veía ante él? ¿Lo habría sugestionado el ala de la sombra que se cernía en el alto recinto vacío de voces?

Jorge se pasó la mano por los ojos, y se quedó erguido, como un signo de admiración, en el hueco de la puerta. En el centro de la habitación, apenas esclarecida por un velador, había una cama. Blanca. Pequeña. Purísima. Y bajo la levedad de la colcha de encajes, se perfilaba un sueño de mujer. Apenas una in-

sinuación de estatua en el mármol todavía virgen del artista. Y en el nido de la almohada, una cabeza que se recogía bajo la protección del brazo, y una cabellera negra que ondeaba como un río de ébano. Del rostro, apenas se veía un triángulo de mejilla, y la oreja pequeña, rosado caracol marino iluminado por la luz de un brillante.

Jorge tuvo la conciencia de que su vida se hacía más pura viendo aquel sueño. Y la tempestad que culebreaba en el camino de sus días, se hizo plácido arrobo viendo el milagro de claridad corporizado ante sus ojos. Y una sensación indefinible de respeto y de asombro fué invadiéndole en olas silenciosas el corazón. Él, que había sentido en el vértigo de la velocidad achicársele todos los horizontes del globo; él, que bajó cien veces al torbellino de la muerte para resucitar con un nuevo desaliento cada vez, experimentó una sensación de esclavitud, de temblorosa esclavitud, viendo

cómo el sueño se hacía criatura de ilusión en lo hondo de la sombra violácea.

Y quiso acercarse más. Quiso entrar un poco más en la zona de casta diafanidad que emanaba del sueño impenetrable.

Y dió un paso. Pero el piso crujió bajo sus pies. Un crujido que lo puso al borde de una amenaza. Fatídico. Prolongado. Y sintió en el acto un nervioso aletear de sábanas en el lecho y un frío que le cortó la cara, como si una puerta se hubiera abierto de pronto.

Luego... Luego los ojos se le nublaron y se llevó las manos al pecho, traspasado por un zumbido.

IV

Dos meses después de aquella noche, Jorge Smith sonríe bajo su palidez, estirado en el lecho. En el aire aquietado de la estancia huye un olor a drogas, y a él le parece que el dolor de su pulmón perforado se le borra también, poco a poco.

Al lado de la cama, en cuyo campo se han batido la vida y la muerte tantas veces, está sentada una joven. Tiene el cabello negro suelto sobre los hombros, y está callada, observándolo. Jorge no se atreve a mirarla de frente, porque se acuerda de un sueño blanco en una cama blanca, y teme que se le escape la visión.

Lejos, en otro extremo de la habitación — habitación donde se ha escondido el escándalo y donde se le ha salvado —, dos hombres hablan junto a una ventana. Jorge reconoce en una barba de nieve al padre de Selma. Y oye la voz de su médico.

Más allá de la ventana, el cielo se aleja en el plumón blanco de una nube.

Una mano tibia se ha enredado en los cabellos del enfermo. Ha sido una sensación tenue, casi una caricia. Y un sonreir de paisaje nunca visto tiembla en las pupilas que lo están mirando con curiosidad. Jorge cierra los ojos, y los siente húmedos de lágrimas.

Un hambre de ternura lo lleva a buscar la mano entibiecida, y a estrecharla, fe-

brilmente, entre las suyas. Y desde el fondo de su vida, sube como una inquietud silenciosa. Algo absorbente, insospechado, de una magnificencia salvaje.

Y sonríe, entre las lágrimas.

LAS GAVIOTAS

MINUTO de la tarde, opulento de luces. Esquina en que se quiebran todos los vientos, y en que sube, como un tirabuzón de noche, el humo. El mar (¿mar? ¿río?) se obscurece en el crepúsculo, y Montevideo junta todas sus casas en una rueda enorme, allá, en el horizonte. La carpa gris del cerro tiene ahora pliegues de sombra, y las chimeneas son juguetes fáciles en el bazar lleno de sorpresas de la noche.

¡Montevideo! Anticipo gozoso de otra tierra rezada. Abrazo de luces, abierto en el espejo del mar.

Mario siente la vehemencia del techo hogareño y del cariño único. En rutas distintas de Europa quemó sus deseos, luces de Bengala en cielos siempre grises. Las nieves nórdicas le purificaron los ojos. La vida nocturna de París lo llevó de la

mano a todos los misterios. Los campos del Mediodía lo encendieron de un puro amor. Y ahora sólo quiere sentarse en su silla, abrir sus libros, escuchar siempre, a su lado, las voces adorables.

Acodado en la baranda, siente el aire del Plata instalado, silenciosamente, a su alrededor.

Cubierta de los botes. Blancura de hospital. Canción y hondura de lo blanco. Y mordedura de distancias, en recto afán. Ruido de máquinas, ondas de color tierra, que va abriendo el buque, resistencia del viento. La serpiente de la estela brilla en la última claridad. Y las estrellas caídas saltan, lejos, en la playa del horizonte.

¿Y Georgia? Georgia está sola. Silueta negra, junto al bote vestido de blanco. Mira el mar, los ojos entornados. Con los dos brazos aprieta el libro contra el pecho. Y el viento le castiga la falda. Y le descubre la oreja, a veces, entre el cabello despeinado. ¿Dónde está París, ahora? Cristalizado en lágrimas y en recuerdos se fué alejando, hace días, al arrancar el

tren. En él quedaron esparcidos sus años como un ramo de flores secas que alguien tira a la calle. El interrogante de América empieza ahora a turbarla, y hay pájaros blancos y pájaros negros que revolotean — mezclado rumor — en sus sueños.

Georgia, la intocada. Arista firme (¡deliciosa tersura! ¡mejillas para el beso fresco y fugaz!) donde se desvían masculinas intenciones. Georgia, blanco para alta flecha de amor, impaciente en una mano. En una sola mano.

Georgia está sola. Su pequeño Pomerania remata el perfil negro con una mancha de nieve. El hocico triangular del perro husmea en el aire y las dos estrellas de sus ojos se hacen gratitud cuando miran al ama.

Mario enfoca a Georgia desde su esquina, de espalda al mar. El cigarrillo se le apaga entre los dedos. Y se obscurece su rostro, en un callado pensar.

¿De dónde viene, en este minuto de la tarde, el rezongo del tango? Paso arrastrado y ritmo premioso de vida. Llanto

del arrabal. Puente por donde suben gateando los instintos. ¡Un tango en el mar, tocado por músicos rubios de Hamburgo! ¿Acaso no se ha metido él en el alma de Mario en todos los rincones de Europa? Embajador tango, sin uniforme de oros, que hace decir: ¡Argentina!, con voz de gozo, en toda latitud... Los ojos de Georgia se han abierto de esperanzas, y el tango entra en su corazón como una bienvenida.

Y los cortes de la música van fragmentando la tarde. Los pedazos caen en el mar. Y nadan, como náufragos, en círculos color de sangre.

—Voilà! Voilà, les mouettes! — exclama Georgia, levantando su mano a la escuadrilla aleteante. Es otra estela, que va inscribiendo el vapor en el agua encrespada del cielo. Otra estela temblorosa. Mudable.

Gaviotas. Gaviotas blancas. Sueños que se han echado a volar. Palabras de niño que nadie escucha, y que quedan, revoloteando, en el cielo. (¿Y aquella novia que tuvimos de pequeños? ¿Y el canto de los

gallos en la caña del amanecer? ¿Y el disfraz de pierrot que no nos quisimos poner aquel carnaval, y que permaneció, toda la noche, derramado en la silla? ¿Y la joven que vimos muerta?). Gaviotas. Blancas gaviotas. Sueños que se han echado a volar. Entre las jarcias, entre los palos, y atrás, como una cauda ondulante, en la hoja del cielo, y en la hoja obscurecida del mar.

Mario se ha acercado a Georgia, y ambos se acodan en la baranda mirando la fuga del agua.

Ya no se oye el tango.

Y Montevideo está casi borrado en el horizonte.

Una gaviota se acerca, vibrante, hasta ellos. Luego quiebra su vuelo, y cae al mar. Rumor de aguas y de alas, en la onda color de tierra. Y vuelo hacia lo alto. Recto. Sereno. Esperanzado.

LA SOMBRA

SE detuvo. Los brazos le dolían como si hubieran ido a desarticularse de los hombros. Las manos sangraban, y las uñas, de tanto obstinarse en la tierra reseca, se afilaban en el vacío, como garras. Sus ojos, inmovilizados de asombro, medían el montón de tierra, ligeramente alargado en la sábana de pasto como un cuerpo en reposo. Sí, ya estaba bien. La lluvia desgastaría con el tiempo aquella opulencia, y no se sabría nada. Pero qué dolor tan fuerte el de sus brazos, y qué insistencia la de sus ojos en quedarse fijos en el montículo de tierra.

Su cuerpo se incorporó, pausadamente, con una ausencia de voluntad. Con el dorso de la mano, libró la frente de los cabellos, brillantes de sudor sobre los ojos. La barba crecida y las arrugas se desvane-

cían bajo la sombra de los árboles, inmóviles a su alrededor como testigos.

Su mirada trazó un círculo, resbalando en los troncos pulidos y rectos, y no comprendió nada. Ajeno a todo. A la luz. Al aire, que silbaba entre las ramas altas. Al olor de la tierra recién removida. Unicamente sus brazos le ataban a la realidad. Sus brazos, que le dolían como si fueran a desarticularse de los hombros. Luego dió un paso, para irse, y quedó con las piernas separadas y el cuerpo tendido, la cabeza vuelta hacia el túmulo negro. Atisbó. Nada. No se oía nada.

Y se fué alejando, poco a poco, como si temiese despertar a alguien.

Pronto el grupo de árboles no fué sino una isla en la pampa verde. Caminaba en zig-zag, para verlo a lo lejos, y sus ojos, de párpados enrojecidos, se iban llenando de una furtiva inquietud. A cada silbo del viento, a cada crujido de los cardos, aplastados por su pie, se detenía, temblando, y se llevaba las manos al cuello. Todo había desaparecido, todo, menos el

dolor de los hombros y el acecho hostil de las cosas. Su vida había quedado vacía, como una caja cuyo contenido se cae de golpe. Apenas una sensación de algo amputado y perdido para siempre. Pero nada más. Ni celos. Ni remordimientos. Nada.

Al rato, su caminar sin rumbo se topó con una cinta de tierra parduzca, resquebrajada por el sol y los meses sin agua. Había encontrado un renglón, y se fué con él, como orientado. Mas un terror despavorido afiló sus ojos al ver aquella senda tendida ante sí. Y la tierra que sus pies pisaban, le trajo, pronto, el olor de otra tierra. Olor de tierra y de sangre. Sí, de sangre. Entonces levantó las manos a la altura de los ojos. Estaban sucias de tierra y de barro, y unas manchas violáceas le rodeaban las muñecas y le salpicaban, también, la camisa.

Sus ojos se abrieron en un disco blanco que abrazaba las pupilas negras, aterradas.

Y se volvió como si hubiese alguien a su espalda. Y vió su sombra. Su sombra, que se tendía como un huso al través del camino de tierra. Nunca había visto su sombra. Caminó unos pasos. Y la sombra, solapadamente, fuése arrastrando a su derecha. Entonces echó a correr. Y su carrera era un grito en la pampa con sol. Pero su sombra también corría, y andaba a zancadas a su derecha, marginando de negro la cinta del camino.

Jadeante, se paró de improviso. La cabeza le daba vueltas, como un molino de viento, y le pareció que sus dos brazos, enclavados dolorosamente en los hombros, eran las aspas que giraban en el aire.

Un pájaro empezó a gorjear en un poste del telégrafo. De las colonias recién aradas, venía como un instinto vital el olor moreno de la tierra. ¡El olor de la tierra! El túmulo alargado, bajo los árboles, bailó frente a sus ojos. Y el dolor de la amputación cobró realidad, otra vez, en la hora vacía, y se sintió, él también, vacío de toda ansiedad.

Al empezar de nuevo a caminar, saltó, de entre las huellas, su sombra. Salto felino. Agazapado. Implacable.

Loco de miedo, sacó el cuchillo de caza, todavía sangriento, y lo tuvo suspendido en el aire, esperando. Luego, cayó de rodillas, y lo hundió en la tierra inocente, apuñaleando su sombra. La hoja se fué lavando de la sangre coagulada, brillando al sol cada vez que el puño crispado la hundía en la tierra.

*
* *

Los caballos de la tropilla, al echarse como en un cauce por la senda, se pararon a la mañana siguiente, amedrentados, y se derivaron en galope oblicuo, erizadas las crines al viento.

Y allí quedó, sobre el camino, abiertos los brazos en cruz.

LA CITA

I

CUANDO llegué al pequeño balneario de X, mi primer impulso fué ver a Jorge Mathis. Hacía tanto tiempo que no sabía nada de él, que la sola idea de que pronto nos íbamos a encontrar, levantaba en mi espíritu una inquietud extraña, de espectativa. Los largos años, y el drama que yo adivinaba en su vida, ¿no lo habrían cambiado del todo? El Jorge Mathis que yo iba a buscar, ¿sería mi noble y querido amigo de antes, o tal vez un desconocido? El destino —me decía yo— suele ensañarse tanto con nosotros que a veces nos cambia, y nos hace de nuevo, como si fuésemos muñecos.

El brazo tostado y mórbido de la caje-

ra del hotel me marcaba un punto, a lo lejos.

—Allí, en aquella casa de tejas coloradas, vive el señor Mathis. No hay pérdida posible, porque no encontrará otra en muchas cuadras a la redonda.

La distancia era bastante respetable. No obstante, opté por ir a pie. El sol no se había puesto aún, pero tenía ya poca fuerza, y un aire fresco que regresaba del mar se aquerenciaba, gozosamente, en mi cuarto. Sin esperar más, me puse el sombrero y bajé a la calle.

La ciudad, pequeña y recién lavada por la lluvia, se adelantaba en una lengua de tierra hacia el mar. Caminando por la avenida principal, pavimentada con las sombras movibles de las acacias, se podía ver el mar a la derecha y a la izquierda, en todas las esquinas. Los chalets surgían —manchas blancas y manchas rojas— entre el follaje denso y las rosas recién abiertas. No había casi nadie en las calles, y sólo el piar de los pájaros y el ru-

mor del mar, subían del silencio, tierno, oloroso a savia, de la tarde.

En una de las últimas casas, se asomó una muchacha a la puerta. Era muy rubia y muy delgada. Estaba vestida de blanco y tenía unos ojos verdes y ligeramente risueños que le iluminaban el rostro. Fué sólo un relámpago. Luego, la puerta volvió a cerrarse. Pero el vestido blanco y los ojos color de laurel habían llenado la calle y la ciudad, ya huérfana de luces.

Al rato largo, descubrí, entre un macizo de tamariscos, la casa de mi amigo. El camino, que había venido costeando el mar, me dejó frente a la puerta. Quise llamar, pero esperé un rato, pulsando antes la soledad y el silencio de cosa muerta y olvidada que vivían en el jardín cubierto de malezas, y en las rocas, batidas furiosamente por el mar.

La noche empezaba ya a rodar desde el horizonte, y en el cielo, de un opaco azul, brilló el primer lucero.

De pronto, vi cómo la puerta se abría, y un hombre de traje claro vino hasta mí. Era Jorge Mathis. Su vejez prematura me llegó al corazón. A los pocos pasos, se detuvo. Me había reconocido. Nos abrazamos fuertemente, angustiosamente, sin decirnos una palabra. Luego con abandono fraternal me puso la mano en el hombro, y subimos, uno a uno, los escalones de la casa.

II

Durante mi corta permanencia en X, fuí todas las tardes a buscar a Jorge. Salíamos a caminar por la orilla del mar, y muchas veces llegamos hasta el espigón, distante más o menos una legua de su casa, donde nos sentábamos a descansar. Otros días no pasábamos de un recodo de la playa, cerca del cual se alzaba, encallado y casi deshecho, un viejo bergantín. A Jorge y a mí nos gustaba ver, al atardecer, el casco en ruinas, y los tres palos, enhiestos, inútiles ya, en cuyas jarcias rotas venían las gaviotas a posarse.

Un día hallé a Jorge más preocupado que de costumbre. Me pareció que su silencio y su reserva iban a romperse en pedazos.

El mar estaba muy fuerte, y grandes olas venían a estrellarse contra las rocas, deshaciéndose en nubes de espuma. El viejo bergantín, un poco distante de nosotros, se estremecía al encontronazo del agua, y se sentía crujir, a ratos, todo el maderamen.

Nos sentamos en una roca, cerca de la orilla. Jorge me pidió un cigarrillo. Mientras lo encendía, vi en su rostro el deseo vehemente de decirme algo. Pero se quedó mirando a lo lejos, con la cabeza levantada al viento.

—¿Y cómo has podido acostumbrarte a vivir aquí durante todo el año? Esta soledad debe ser para ti como un veneno.

—Quizá —me respondió— pero no me movería de aquí por nada del mundo. Siete años llevo ya en este rincón. Y mira, he aprendido en estos siete años más cosas que en toda mi vida.

Se calló. Y siguió hablando el mar, lleno de rumores.

—A ti te extrañará esto, sin duda. Tú vives en la ciudad, y allí no hay tiempo para pensar en nada. ¿Cómo está Buenos Aires? ¿Ha cambiado mucho? Es raro, a Buenos Aires se lo ve mejor cuando se está lejos. Una niña de aquí, que no ha estado nunca en Buenos Aires, me preguntó una vez cómo era. ¿Te has fijado? Hay una multitud de cosas que hasta que no se nos preguntan parecen no vivir para nosotros.

—Lo que yo quisiera saber —le interrumpí — es por qué te has aislado de esta manera.

Jorge tiró el cigarrillo en la arena, y se cruzó de brazos. El viento del mar le revolvía el cabello, ya casi blanco, y le hacía entornar los ojos, nublados de tristeza.

—¿Que por qué? Bah, tal vez ni yo mismo lo sepa. ¿Te acuerdas, cuando nos reuníamos por las tardes a estudiar en tu casa? ¡Qué lindos tiempos aquellos! Mezclábamos el código y la poesía, con una fre-

cuencia lamentable. El último examen que di fué el de Penal. Me hubiera recibido pronto, porque me sentía empujado de optimismo y capaz de hacer grandes cosas. Pero luego vino el derrumbe.

Se apartó los cabellos de la frente, y se quedó mirándome, con una mirada fría y hostil que no le había visto nunca.

—Hay momentos en la vida en que nada nos importa ya. El castillo de naipes que fuimos levantando con los sueños más puros, se nos viene al suelo, y no sabemos qué hacer. ¿Matarse? ¿Huir? ¿Seguir la vida de todos los días? Yo, como tantos otros, he recogido mi bastón, me he puesto el sombrero, y he echado a andar, alzándome de hombros. He caminado mucho. Luego, me cansé de no estar en ninguna parte, y me hice esta casa. Y de aquí no me muevo ahora. Todos los ruidos que allí, entre vosotros, interesan y apasionan, no llegan hasta aquí. No soy un amargado, pero sí he dejado de creer en muchas cosas. La ambición de la gloria, el arte, la misma amistad, suenan a hueco cuando

el mar, y la noche, y la soledad, los alcanzan. Por eso yo vivo aquí muy bien. Como ves, en mi casa sólo me acompañan un viejo peón y mi perro. Tengo algunos libros. Soy dueño de mis horas. No estoy obligado a frecuentar la amistad de nadie, y hago lo que quiero. Es decir, que no hago nada.

—¿Tampoco amas? — le pregunté a quemarropa, espiándole el rostro.

Él desvió la vista, pero yo vi endurecerse su fisonomía de improviso. Luego, una triste sonrisa empezó a animarlo, como si los recuerdos la hubieran traído de la mano. Y se quedó con el puño cerrado apoyado en la barba, el oído tenso, escuchando una voz que parecía venirle de muy lejos.

—¿Recuerdas tú las canciones de viaje de Stevenson?

—No.

—Pues escucha, que te voy a decir una:

He hollado la colina en todas direcciones;
sufrí mucho, me hastié, y hallé la vida yerta.
Lo ansié todo y extintas dejé las ilusiones;
he vivido, he amado, y he cerrado la puerta.

La voz, áspera, extrañamente adherida al rumor del mar, se murió con la última palabra. Luego se abrió un silencio ancho. Y ya no habló sino el mar, cubierto de noche.

III

Jorge me confesó un día que hablaba con una muchacha del balneario.

—Pero no la quiero —añadió enseguida — con una energía bien elocuente —. No la quiero, ni la podré querer nunca. Es inútil. Yo estoy condenado a...

Se detuvo.

—¿A qué?—le pregunté ansiosamente.

—A un solo recuerdo.

No pude obtener más. El silencio y él eran aliados firmes, y había zonas en su vida absolutamente ocultas para mí.

Esa misma mañana, fuimos hasta la playa, rumorosa de veraneantes. Las mallas azules, verdes, rojas, y las salidas de baño, iban y venían por la pista de arena, rubia de sol. Bajo las sombrillas japonesas, más de una boca roja se abría en

sonrisa traviesa. Jorge saludó a una joven, medio envuelta en una salida de baño obscura, que se dejaba calentar por el sol, con un libro en las manos.

—¿Quién es? le pregunté.

—Es ella, mi amiga.

—¿Y dices que no la quieres?

—Así es. Pero yo no tengo la culpa. Mira, hay cosas que no se pueden explicar. Suponte que conoces un día una mujer. Sea ella buena o mala, te quiera o no te quiera, tú ves que ya tu vida se ha llenado con la vida de ella, y que nada ni nadie en el mundo te podrá conquistar en adelante. Lo que ella dice, tiene en tu corazón una resonancia deliciosa. Ella hace nuevas las palabras más comunes y en su voz se enredan tus ensueños, fatigados ya de volar solos. Yo hablo de una mujer de excepción, claro está. Encontrarla en la vida, suele ser una fiesta. También puede ser una tragedia. Ella le da un nuevo color al mundo, y el mundo se reduce, para nosotros, al círculo de su perfume, de su voz, de su mirada. Tú sa-

bes que tal cosa no la harás nunca. Ella te lo pide, y tú, como un sonámbulo, haces lo que ella quiere. Tú te habías apartado ya de muchas preocupaciones frívolas. Ella te las acerca de nuevo, y tú te sientes feliz, y descubres paisajes de júbilo en todo lo que ella toque o mire. Tú quieres hacerte fuerte, y dices, cuando estás solo, "Bah, es un capricho. Todo pasará". Y luego, si el teléfono no suena, te empiezas a sentir colérico, y triste, y enfermo, y recorres tu cuarto como una fiera enjaulada, a la espera de su voz, que es lo único que podrá calmarte. Y eres feliz viéndola, y eres feliz sin verla, porque ella está tan dentro de ti, que te la tropiezas a cada pensamiento, y vives dos vidas, la de ella y la tuya, en una exaltación creciente. Y el recuerdo de Marion Davies te trae su recuerdo; y si pasas por cierta iglesia entrarás con ella otra vez, en el templo sin gente, y la verás arrodillada frente al altar florecido de luces; y buscas la calle donde le hablaste un día, y la vuelves a ver en lo hondo de un automóvil celeste, con una

sonrisa que quiere ser tristeza en sus ojos lejanos. ¿Me oyes? Pues piensa que esa mujer se te va un día de las manos. Que se muere, por ejemplo. O que una fuerza ciega la aparte de ti, ya sin remedio. ¿Te imaginas tú lo que esto habría de ser para quien ha reducido todo su mundo al mundo de su corazón, al mundo de sus ojos, al mundo de su voz?

Nos habíamos alejado playa arriba, y caminábamos por la arena dura, mojada de cuando en cuando por el mar. Eran ondas rizadas y con el lomo cubierto de espuma brillante, que iban dejando largos arcos de mariscos rotos y de pedazos de algas, destrenzadas como cabelleras.

—Después —prosiguió Jorge, como hablando consigo mismo— nada ni nadie nos podrá conquistar más. Siempre veremos, en el fondo de otros ojos, los ojos de ella; siempre oiremos en otra voz, la voz de ella; siempre pondremos en otro cariño, el cariño que le tenemos a ella. Pero ella es incomparable y única. Todo lo demás, se desvanecerá, y nos sentiremos en-

gañados, y con las manos vacías, como un niño al que le han robado su juguete. Aunque no la veamos más. Aunque su voz no venga, como antes, a pintarnos de colores nuevos la vida, nuestro corazón seguirá dialogando con ella, solamente con ella. Y rezaremos su nombre en la soledad, para que nadie lo oiga.

Estábamos ya cerca de su casa. Los tamariscos, dorados por el sol, se iban hacia adelante, con el viento, en una lección de gimnasia que sólo observaba el mar. Del jardín salió primero un ladrido, y luego Bob se precipitó como un montón de lana rubia, a nuestros pies.

Arriba, en el cielo de zinc, las nubes devoraban, a cada momento, interminables bandadas de gaviotas.

IV

Por las noches, salíamos a caminar. Ya me conocía el camino palmo a palmo, y el viejo barco, y la costa, y los grupos de árboles que nos salían al paso, termina-

ron por serme familiares. Paisaje de mar, y de horizonte circundado de noche, que me apretaba el alma. Y más aún, cuando había luna. La lejanía del mundo y de los problemas de todos los días era tan evidente, que nos sentíamos —Jorge y yo— como suspendidos en la luz blanca, de una blancura casi cadavérica, que se columpiaba entre el cielo y el mar.

Una cosa, sin embargo, me tenía bastante intrigado. Todas las noches, alrededor de las once, Jorge pretestaba un trabajo impostergable, y se encerraba en su casa. Yo, que no había querido aceptar la invitación de instalarme con él, para no turbar su voluntario retiro, volvía entonces al hotel.

Una vez, después de andar durante un buen rato, le pregunté en qué trabajaba de noche.

—Escribo —me contestó secamente.

—¿De manera que has vuelto a escribir? ¿Qué haces, una novela, poemas tal vez?

—No, todas las noches escribo una carta.

No quise insistir. Durante el día lo ha-

bía visto muy preocupado, como ausente de cuanto le rodeaba. Hasta me dió la impresión de que esperaba algo, ansiosamente, y que ese "algo" tenía que venir.

—¿Vienes al hotel esta noche? Tenemos cine, y después bailaremos un rato.

Como a todo esto habíamos llegado ya al bergantín, nos detuvimos. Jorge se acercó al borde de la roca, y se quedó mirando los palos desnudos. Luego, me pareció que sonreía.

—No, ve tú. Yo tengo que hacer.

V

Aquella misma noche, acabado el cine, tomé, inconscientemente, mi sombrero, y salí a la calle. La curiosidad, y una dolorosa inquietud por la suerte de Jorge, me llevaban, sin que pudiera hacer nada por impedirlo, hasta el camino. Luego, ya en la ruta tantas veces andada, los pasos se apegaron a la costumbre, y fuí abriendo la noche, obscura ya, y sin ruidos.

No había viento. Ni había estrellas, tampoco. El mar hablaba en voz muy ba-

ja, y las olas, sin espumas, venían a morir a la playa en una convulsión silenciosa. Pero flotaba algo en el aire que me hacía andar derecho y firme, en guardia siempre. Yo nunca he sentido miedo. Es decir, nunca no. Cuando el peligro no se ve, pero se le adivina, el miedo viene a nuestro lado, como un perro, y empieza a cercarnos, y nos mira con sus mil ojos ilocalizables, horrorosos. Yo aquella noche percibía sensaciones extrañas que me dejaban el alma escrita de terror. Para mayor desgracia, sentí de pronto que se descolgaba de los cielos un pájaro enorme, y después de revolotear dos o tres veces sobre mi cabeza, lo vi perderse en línea recta, en dirección del mar.

Cuando llegué cerca de la casa, el perro empezó a ladrar, pero me reconoció enseguida, y vino a mí, llorando débilmente.

La casa estaba cerrada y sin luz. Sólo la ventana del escritorio de Jorge, en la planta baja, se veía iluminada. Sin hacer ruido, me fuí acercando, hasta llegar a ella. La ventana era de guillotina, y esta-

ba baja, pero la cortina interior tenía anchos calados por donde podía ver sin ser descubierto.

Al principio, no comprendí bien lo que pasaba. La luz de la mesa, muy próxima a mis ojos, era la única encendida, y el resto de la habitación quedaba casi en penumbras. Todo estaba en orden. Las bibliotecas, cerradas. Los sillones, al pie del espejo. En la alfombra, y destilando una delgada hebra de humo, el cenicero. Enseguida descubrí a Jorge. Estaba sentado en el diván. Me sorprendió verlo vestido y arreglado como si tuviera visitas. El cabello, cuidadosamente peinado, brillaba en la sombra. Se había puesto traje negro y una corbata de moño, negra también, que se destacaba bajo el cuello almidonado. Viéndolo así, con zapatos de baile y con la pierna negligentemente cruzada, y fumando, busqué, instintivamente, otra persona en el cuarto. Pero no la hallé.

Confieso que empecé a sentir una gran vergüenza al pensar que estaba yo allí es-

piando la soledad de otro. Una gran vergüenza y un gran remordimiento. Y miedo también. Asomarse a los gestos de alguien que se sabe solo —pensaba yo— es traicionarlo en su más celosa intimidad. Es entrar en ese mundo inconexo y respetable de los gestos que nadie ve, de los ademanes que únicamente recogen las paredes, los muebles, el silencio. En fin, que me tuve lástima, y hasta un gran desprecio. A pesar de todo, no me movía de allí. Algo me decía que entre aquellas cuatro paredes, se estaba representando un drama sombrío. Un drama con un solo actor: Jorge. Y un solo espectador, aunque escondido: yo.

Y le impuse silencio a mi conciencia, y seguí mirando.

Al lado de Jorge, no había nadie, y sin embargo, él estaba vuelto hacia alguien. En su fisonomía, ligeramente empalidecida por la luz, se veía una apetencia de felicidad, de ternura suave, largo tiempo esperada. Él veía, ciertamente, a quien quiera que fuese. Él estaba absorbiendo

una mirada próxima, y tal vez una ola de perfume se escapaba de unos hombros, y llegaba hasta él, mareándolo.

Luego se levantó y empezó a andar por la habitación, de esquina a esquina. Fumaba y se sonreía, y a veces se quedaba parado frente al diván, como si siguiera un diálogo interrumpido. En una de las vueltas, se acercó a la pared, al lado del espejo, y se quedó mirando largo rato un cuadro. Era un estudio hecho al carbón, cuya procedencia no había querido explicarme nunca. Sobre fondo blanco, un anciano ciego, de espesa barba, se dejaba guiar por una mano juvenil. Jorge no parecía ver el cuadro, sino algo que estaba más allá del motivo, quizá el temblor de una mano blanca o la mirada de unos ojos, al ir construyendo el dibujo. De repente se enderezó. Dejó el cigarrillo en el cenicero, y se acercó a la mesa.

Yo me estremecí. En un extremo del escritorio, había una bandeja de plata, y en ella dos tazas de té, recien servido. En medio de la carpeta, una carta a medio

terminar, y al lado, el sobre, escrito con grandes letras: *A Carmen.* (Con apellido y dirección, bien precisos).

Encima de una silla, al alcance de su mano, había una caja abierta. La caja estaba llena de cartas cerradas, iguales, sin duda, a la que yacía sobre la mesa.

Jorge se sentó, y puso una de las tazas enfrente de él. Luego se quedó mirando la otra. Sola y alejada de la suya, dejaba escapar un débil vapor. Y yo vi irse de pronto la alegría de los ojos, grandes y sombríos, que miraban la taza. Los vi empañarse poco a poco, mientras una marea de amargura le subía al rostro, desfigurado como para la muerte.

Después, su mano derecha fué metiéndose en el cajón de la mesa. Yo tenía un nudo en la garganta y no podía gritar, ni moverme, ni hacer nada. Estaba como paralizado. Un momento horrible.

Y en la mano de Jorge, el pequeño revólver negro dormía como en un nido. Lo miró, como si no comprendiese qué hacía allí, y cerró los ojos. Fué un segundo, só-

lo un segundo, lo que tardó el impulso en aparecer y alejarse luego. Yo no sé si mi voluntad contribuyó a salvarlo. Pero incapaz de hacer otra cosa, endurecido de frío y de impotencia, clavé mi pensamiento en su frente, y quise traerlo a la vida, como quien saca, dolorosamente, una red pesada del fondo del mar.

Jorge abrió los ojos, y miró de nuevo el revólver. Luego, un sollozo le borró las cosas. Y escondió la cabeza entre los brazos.

Las dos tazas, ya sin estelas de humo, quedaron a su lado, una lejos de la otra.

EL ZAGAL Y LA ESTRELLA

RUIDO de agua entre las piedras del barranco. Agua que no se ve. De frescura y limpidez presentes. En la hendidura de la montaña, piedras grises y silbido de soledad. ¿No se ha encendido ya una estrella en el cielo? El zagal la mira y su cabeza cae sobre la cayada. Estrellita que te quedas lejos, qué linda has salido hoy a la calle. El zagal quisiera subir como sus cabras, monte arriba, para tenerte más cerca, pero la pierna le pesa mucho, y allí se está. Espina de zarzal lo ha pinchado, y la pierna, gruesa que gruesa, y ya sin poder moverse. Y es hora de estar en el pueblo. Las cabras lo saben, y se van alejando, cerro arriba, sin su pastor. Por las cicatrices de tierra, las manchas blancas y negras escalan lentamente el cielo. Delante de todas,

el cencerro traza círculos de música en el aire.

El zagal se sienta en una piedra. Ya seguirá enseguida. En cuanto se le aligere la pierna seguirá, que ya van lejos, las cabras. El cabritillo recién nacido, quieto está, y calentito, en el anillo de su brazo. Es blanco y negro, y tiene un hocico tembloroso que está pidiendo madre. El zagal lo acaricia y lo pone en pie para que se sostenga. Pero el resorte de las patas se le quiebra, y se oye un balido. El zagal lo atrae hacia sí y le va quitando briznas del pelo, mientras silba un cantar. ¡Si no le doliera tanto la pierna! Pero la siente acribillada de agujas, y un calor de fuego que le sube por todo el cuerpo. Frescura de la piedra, que buscan sus manos y su cara. Frescura del ruido del agua, ubicada quién sabe dónde, en el barranco. Estrella, cómo estás de linda, esta tarde. El zagal te mira con unos ojos cada vez más hondos. Y cómo te pareces a Blanca Rosa, la niña del cortijo. Día de la Virgen, y campanas que se escapan por el aire, y

cohetes, y música de banda que sube desde el pueblo. Y ella entrando en la iglesia. Blanco de su vestido. Blanco de su cara de leche. Blanco del ramo de lirios. Casi más linda que tú, estrellita del cielo, iba ella aquel día.

El zagal busca el frío de la piedra. Ha tirado su cayada. Y el zurrón vacío está a sus pies. Pero él sólo quiere fresco. El fresco de la piedra y del agua, que él no puede alcanzar. ¡Blanca Rosa! ¿Y el montón de moras que le diera, la otra tarde, en la fuente? En su chozo están, y sin faltar una, que regalo de ella para adorarlo es, y no para comer. En la fuente, sí, en la fuente fué, y bien que se acuerda. Ella no podía subir el cántaro a las aguaderas, y él se llegó hasta ella, y la ayudó. Ojos claros de ella, más que el agua de la fuente, y más que el cielo.

El sol está llevándose todas las cosas. El sol es un escamoteador y un mal intencionado. Cuando más gusta ver las cosas, él nos las quita de la mano, y se va, más allá del cerro. Pero la rana del seto no ha

empezado todavía a cantar, ni volvió el gavilán a su nido, en la roqueda. Eso él lo sabe bien porque lo está viendo. ¿Acaso no ven sus ojos? Sí, ven, pero están un poco duros y resecos en las órbitas. La pierna ya no le duele, pero no parece suya. Y ahora, hasta el cuerpo parece que no lo siente, tampoco. ¡Cuidado con la prisa de las cabras! Irse todas y no esperarlo. El cencerro ya apenas si se oye, detrás del monte de los almendros. Deben ir por el encinar, bajando la cuesta. ¿Si estropearán las parras del amo? El zagal se incorpora, pero no puede moverse. Apenas si solivianta la cabeza despeinada, y abraza la piedra. La estrella brilla que brilla en el cielo azul. El zagal cierra los ojos y piensa en Blanca Rosa. Y la ve vestida de blanco, entrar en la iglesia, blanca también como ella. Y luego nada ve, porque se queda dormido. Un sueño más pesado que los otros. Y frío. Muy frío.

La rana empieza a cantar. Y el gavilán, un poco mareado, entra dando volteretas por la calle del cielo.

LA VIAJERA

I

NO, no. Lo que le voy a contar es absolutamente cierto. Yo no invento nada. Mire usted. ¿Ve esta cicatriz? Me cruza toda la mano. Pues bien, fué un zarpazo de puma. Yo he sido muy cazador, de muchacho. Pero nadie me cree. Es claro. Me ven tan enfermizo, tan flaco, que no me creen. Y, sin embargo, yo he cazado pumas. ¡Ah, aquella vida de salvaje! Pero no, yo quería contarle otra cosa. ¿Qué es lo que le quería contar a usted? ¿Sabe que está bonito esto? Uno se propone decir una cosa, y a esa cosa le salen alas, y vuela, vuela, hasta que desaparece. A ver, espere usted, quizá otra copita de ajenjo... Eso es; muchas gracias. Pues señor, ahora sí que me acuerdo. Escuche usted.

Un buen día, sin decir adiós a nadie, tomé mi valija grande y me dirigí a la estación Retiro. ¿Usted no ha sentido nunca ese impulso de viajar que lo empuja a uno hacia la estación, hacia cualquier estación? Es como si todos los cables que nos ligan al mundo se rompieran, de golpe, y quedáramos aislados. Y queremos escapar lejos, y perdernos en alguna parte, no importa dónde, para ver el color de la libertad, de la absoluta libertad. Ahora me acuerdo que una vez, en la escuela, discutí muy agriamente con mi compañero de banco porque quiso justificar la esclavitud. Era algo inaudito. Pero esto no viene al caso. Le decía a usted, que un día fuí a Retiro. Un día lento, articulado, sin una disonancia. Sobre el piso del hall gigantesco, la impaciencia de esperar se traducía en un cruce geométrico de pasos. Todas las edades. Todos los tipos. Todas las maneras de andar.

Me detuve delante del tablero indicador. El enorme cuadrado me empezó a guiñar las letras de oro de sus leyendas, y yo me

quedé, en una mano la valija, en la otra el sombrero, parpadeando ante tanta insinuación.

Córdoba.

Bialet Massé.

Cruz del Eje.

La Banda.

La Cumbre.

Al principio, leía todos los nombres con lentitud morosa, como si los estirara en la memoria. Luego, las letras se trenzaron en un remolino llameante hasta estabilizarse en estas solas palabras: "La Cumbre".

Tomé boleto para La Cumbre. Después, entre el vértigo de la muchedumbre que salía de los andenes y la que entraba, me deslicé como un autómata. Desligado de todos. Distante de todos.

Recorrí el andén de punta a punta, porque el tren había quedado lejos. Como ningún mozo se me había acercado, yo tenía que llevar la valija, y el hombro derecho se me venía al suelo.

Mientras iba caminando, caminando, ca-

da vez más despacio, me dí cuenta de algo que empezó a incomodarme de veras. La gente pasaba y se cruzaba delante de mí, sin mirarme, sin reparar para nada en mi presencia. Podrá usted figurarse lo que me contrariaría semejante cosa. Yo entonces era joven, y hasta me atrevo a decirle a usted que no mal parecido. Un poco pálido, pero muy elegante. ¡Y tenía veinte años! Que ninguna de aquellas chicas que venían hacia mí, me mirase, me descorazonaba. Acabé por acostumbrarme, a pesar de todo. En la vida pasa siempre así. Al principio un hecho nos enoja. Luego, ni lo advertimos. Empecé a saber que mi humanidad pasaba inadvertida para muchos, y ya lo ve, ahora me da lo mismo. Por fin el andén se terminó, y se terminó, también, mi calvario. Dejé la valija en el suelo, y como no sabía qué hacer con el sombrero que llevaba en la mano, me lo coloqué en la cabeza. Luego levanté el hombro, que se me había caído, y se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era fumar un cigarrillo. Y así lo hice.

Usted no es fumador, y por eso no sabe cómo es de útil a veces un cigarrillo para quemar un cansancio.

El tren se alargaba hasta el penacho de humo de la máquina. Consulté el reloj. Faltaban diez minutos. ¿Sabe usted qué hice con aquellos diez minutos de espera? Pues los bajé a la complicación de tubos y de ruedas que dormía bajo los coches, y se me fueron por los rieles lustrosos, que se veían a trechos.

Cuando me apercibí de que la gente empezaba a darse prisa, me abotoné el saco, (usted habrá notado que este detalle de abotonarse el saco precede a todo momento decisivo), tomé mi valija, y subí al tren. Elegí un coche vacío. Ya lo llenaría en el trayecto con todas las presencias que me fuesen gratas. ¡Es tan lindo viajar solo y estar enamorado! ¿Qué? ¿Le parece extraño que yo estuviese enamorado? Es verdad que no le había dicho nada. Bien visto, yo no hubiera podido precisar de quién estaba enamorado entonces. Si de Nelly, mi vecina

de departamento en el hotel; si de la señora de mi amigo el pintor, con la que todos los días me cruzaba en la Academia, aunque sin aventurar nunca más que una tímida sonrisa; o de la telefonista; o de la inglesita con quien jugaba al tennis los sábados. Yo no he podido nunca saber de quién estaba enamorado en aquella época, pero de lo que sí puede estar seguro, señor, y de ello le doy mi palabra de caballero, es de que yo estaba enamorado. Y diré más, perdidamente enamorado. Un viaje de largas horas, y solo, era una triste voluptuosidad para mi corazón.

Ya dentro del coche, acomodé la valija en el hueco triangular formado por dos respaldos, puse el sombrero en la red, y me senté, respirando de alivio. No había abierto aún los ojos, cuando una pitada aturdidora cortó el aire, y el tren, tras el ajetreo de práctica de los vagones, salió bebiendo espacio. Primero lentamente. Luego más ligero, cada vez más ligero, hasta hundirse en una carrera voraz.

Lo que no puedo precisar es si era de

día o de noche. La clásica división del tiempo no tenía gran valor para mí, en aquellos años huérfanos de obligaciones. A veces en la medianoche del danzing creía ver la luz del sol, rompiéndose en el cristal de las copas, y en otras ocasiones, un paseo por los muelles, en las horas de trabajo, me sumergía en una negrura de noche que hacía más desastrosa mi tristeza. Yo no sé si era de día o de noche. Pero eso no importa. Lo que sí recuerdo es que era en el otoño y que el paisaje huía, huía siempre, hasta esconderse en un cielo desoladoramente gris. Pero espere. ¿Le había dicho que no sabía si era de día o de noche? Yo le he dicho esto, ¿verdad? Pues bien, ahora me acuerdo: era de tarde. Sí, sí, una tarde de ámbar. Imagínese usted que yo llevaba cuatro o cinco horas de viaje, y el amarillo cenizoso de los pastos no variaba y el cielo persistía en una dureza de pizarra que me hacía doler los ojos. De vez en cuando, un amontonamiento de galpones grises, seis u ocho casas desperdigadas entre los ár-

boles, y un semáforo saludando el paso del tren. Luego, la fuga de los postes del telégrafo, y la llanura amarillenta. Campo. Campo. Nada más que campo.

¿Usted ha viajado mucho? ¿Sí? Pues mire, yo no sé si a usted le pasará lo mismo, pero yo, cuando viajo, llevo, a más de mi valija, y bien ocultas, tres o cuatro personalidades distintas, y una que surge ahora, otra que se solivianta después, mi cerebro va, de proyección en proyección, pasando revista a una multitud de minutos perdidos. El ruido acompasado de la máquina va atrapando silencios, y los devora, y se lleva, también, nuestra manera habitual de pensar. Entonces nos hacemos otro "yo" y aunque el cuerpo queda siempre el mismo, nuestro espíritu se enciende en mil resplandores contradictorios, sin más lazo de comunidad que el balanceo de los coches o el silbato. El cuerpo humano no es, ciertamente, una unidad. Hay muchas zonas que se independizan, a veces, del "todo". Sí, yo lo sé muy bien.

Como usted lo oye: hay muchas zonas que se independizan, a veces.

Aquel día, a las varias horas de marcha, dejé de ver el paisaje agrisado para abstraerme en mi propia construcción. Y empecé a escrutarme. Verá usted, cada vez que pienso en este bucear en nuestra conciencia, recuerdo esos prestidigitadores de levita negra que van haciendo brotar, del fondo de su sombrero de copa, un sinnúmero de palomas aleteantes. A mí me gustaba mucho verlos en el circo, cuando era niño. Palomas. Palomas. Palomas.

Pues como le iba diciendo, estaba sumido en esa oquedad silenciosa que eran mis sueños, cuando de pronto se me escapó un grito. Allí, en el último asiento del coche, y dando el frente hacia donde yo estaba, vi una mujer. Puede usted creerme. La vi, sí, señor, la vi como ahora lo estoy viendo a usted. Iba vestida de rojo. Un rojo obscurecido y otoñal. Y sobre las rodillas, una manta escocesa se le plegaba como un abrazo. Era muy delgada, y muy rubia, y el ala de su sombrero rojo sombreábale

apenas la frente, empalidecida de tristeza. Tenía en sus manos un libro. Una de esas novelas londinenses, de tapas en tricromía, que se devoran en los viajes. Los dedos que retenían el libro eran largos y de una blancura inverosímil. Llevaba una sola sortija. Un ópalo grande, encendido de fiebre.

Yo temblé como ante algo extraordinario, y me cercioré de que estaba bien despierto, de que en realidad una pasajera había entrado en el coche y estaba allí leyendo, frente a mis ojos. Pero... ¿Cuándo había subido? ¿Había parado el tren en alguna estación? Me incliné hacia la ventanilla. Todo era sombra, una sombra densa que caía como una lluvia de hollín. El tren debía marchar a una velocidad inusitada. Hasta parecía no moverse, de tan rápido.

¡Una pasajera en mi coche! Y una pasajera lindísima...

Entonces caí en la cuenta de que yo no había llevado nada para leer. Eso era insólito. Eso estaba fuera de toda lógi-

ca. Un viaje lleva siempre anotada al margen una lectura. Una lectura frecuentemente interrumpida y casi trunca, pero que es como un descanso en la conversación con el paisaje. Y yo no llevaba ningún libro. Pero tenía que leer. ¿No cree usted que ante aquella pasajera rubia, de pestañas caídas, yo debía leer algo? Busqué en los bolsillos. Nada. Ni un papel. Pero yo tenía que leer. Era necesario. De pronto descubrí, en el marco de la ventanilla, un papel doblado. Fué mi salvación. Lo abrí. Era un programa de cine. Y fíjese lo que es el destino de las cosas. Aquel programa de cine, dejado allí quién sabe por qué mano, fué leído con más fruición que un libro de poesía pura. Ya no me acuerdo de la película que anunciaba, pero de lo que sí estoy seguro es que era de Carlitos Chaplín. ¿No le gusta a usted Carlitos? Es sencillamente estupendo. Fíjese usted que... Pero no. ¿Qué es lo que le estaba contando? Ah, sí, me puse a leer el programa. Una, dos, cien veces. La viajera seguía abstraída en su lectura. Yo

disimulaba mi acecho detrás del programa, gozando la frescura de su rostro, prematuramente meditativo. Las mejillas se arrebolaban a ratos, y un hondo suspiro le levantaba el pecho, iluminado por una pequeña cruz de brillantes. ¡Cómo me acuerdo de la cruz de brillantes, y de mi anhelo, que iba a clavarse en ella como en un nuevo suplicio! Ah, señor, si usted la hubiera visto... Sus labios tenían un rojo sangriento y se adivinaban húmedos, apasionados. Qué delicioso debía ser —pensaba yo— verla levantar los ojos y sonreir... Su sonrisa debía ser como la luz del sol en el campo, después de la lluvia. Una sonrisa muy pura y muy alegre. Yo he conocido muchas mujeres en mi vida, podrá usted imaginarse. Pero ninguna como aquélla. Apenas recostada en el respaldo, con los párpados bajos, trascendía a su alrededor un vuelo de canción nunca escuchada. Algo impreciso y lejano. Era como el resumen de todo lo que uno espera. Y había surgido de la sombra, como los sueños. Bueno, señor, pero perdóneme.

Yo no puedo hablar de estas cosas. Qué quiere usted, me hace daño. Le confieso a usted que me hace daño.

En fin, le contaré a usted lo demás. Pero créame. Lo que yo le digo es la pura verdad. Míreme bien a los ojos. ¿Cree usted que yo soy capaz de mentir? ¿Usted tampoco cree que yo he sido cazador de pumas? Mire mi mano. No, no, pero usted me cree. Usted sabe que yo digo la verdad. Pues bien, señor, ella, la viajera de la manta escocesa y del libro, me acompañó durante no sé cuánto tiempo. Yo era feliz, viéndola. Feliz como no he vuelto a serlo más en la vida. A veces dejaba de mirarla para no pecar de indiscreto, pero la veía siempre. Había quedado en mis pupilas.

¿Cómo habrá subido?, me preguntaba, de tanto en tanto. Y sentía, auscultaba, la presencia de un misterio a mi alrededor.

Pero he aquí que una vez, al levantar los ojos del programa para clavarlos en el rostro abstraído de la joven, me quedé inmóvil.

Había desaparecido.

El tren volaba siempre. La puerta del vagón no se había movido. De allí no había salido nadie. Y, sin embargo, ella no estaba.

Me levanté, lleno de espanto, y avancé con los brazos extendidos, como si hubiera querido apresar a alguien. Pero todo era vacío.

"Sin embargo — me decía una voz al oído —, hasta hace unos segundos la joven de la manta escocesa estaba sentada ahí. Tú la has visto. Tú la has estado viendo durante largo rato".

Y yo "sentía" su ausencia, señor. ¿Sabe usted de qué manera sentía su ausencia? Era como un hueco, como una cavidad ahondada en el aire del vagón.

Y llegué a su asiento.

Lo toqué.

Estaba tibio.

II

Pero lo extraño, lo realmente extraordinario, ocurrió dos días después. Yo ya estaba instalado en La Cumbre. Usted no

conoce La Cumbre, ¿verdad? Es una colina verde en la que se han asentado muchas casitas blancas. La sierra está próxima. Y próximo también, el camino al Pungo. Una maravilla.

Andaba a caballo de mañana y de tarde, y, por la noche, me quedaba jugando al pocker con los dueños de la pensión. Pero no me sentía bien. Había algo que faltaba en mi vida. Yo no sabía qué era, pero no dejaba de pensar en la extraña visión del tren. En aquella viajera silenciosa, sentada frente a mí, en el vagón de primera clase.

Lo que le voy a contar, ocurrió a la hora del atardecer. ¿Por qué será que todas las cosas trascendentales de mi vida me han venido en la hora del atardecer? Usted dirá que son rarezas mías, pero es así. Pues verá. Galopaba de regreso al pueblo, después de haber estado toda la tarde en Capilla del Monte, cuando una bocina de auto espantó mi caballo. Apenas tuve tiempo de salirme de la huella. Una mole negra asomó por el recodo del camino

y pasó, rozándome. Habían aminorado la marcha y pude ver bien. Le juro, señor, que vi perfectamente bien. En el interior del auto, recostada en el asiento de atrás, y sola, iba "ella". Sí, señor. Ella misma, la viajera del tren. La manta escocesa le cubría las piernas, y la cara pálida, bajo el sombrero de fieltro rojo, se refugiaba en la piel del tapado. Era ella misma. Y ahora sí que estaba seguro de que no era un sueño. Me hallaba en medio del campo, y a caballo. Todo era bien real, en rededor mío, bien concreto. Pues bien, al cruzarnos, ella me miró, reconociéndome. Y yo vi cómo se le iluminaban los ojos azules, enormemente agrandados, y cómo una sonrisa de asombro le entreabrió los labios color de sangre. Como lo oye, señor. ¡Me reconoció! Y su mirada parecía venir de muy lejos, de un recuerdo brumoso. Repentinamente se llevó las manos al pecho, y vi relucir en el marfil desvanecido de sus dedos, el cuadrado de un ópalo.

Fué un relámpago. Sólo un relámpago. Luego, el auto tomó velocidad y se perdió, a lo lejos, en una nube de polvo.

Me quedé quieto sobre el caballo, y esperé, largo rato, no sé qué cosa. Mi cabeza se quedó vacía. El mundo mismo me pareció vacío, y un dolor ilocalizable fué subiendo, subiendo, hasta la cumbre de una desesperación reconcentrada, silenciosa.

Nunca la volví a ver. Durante mi permanencia en La Cumbre aventuré esfuerzos increíbles por dar con su pista, pero sin resultado. Algunos me hablaron del auto —lo habían visto cruzar las calles del pueblo una sola vez— y me describieron a la joven del sombrero rojo, mas nadie supo decirme quién era ni en qué caserío de la sierra se hospedaba.

Pero yo creo que algún día voy a encontrar a mi viajera. ¿Verdad que algún día yo la he de ver de nuevo? ¿No sería injusto que tras de haberla buscado durante tantos años, ella no viniera nunca? Mire usted, después de aquel doble encuentro, yo comprendí que mi vida ya no tendría objeto si no daba otra vez con la viajera de los ojos azules. Y como se me

ocurrió que había de encontrarme con ella en un tren, me di a la manía de viajar, y desde entonces puedo decir que no vivo en ninguna parte. Y los años se me van, entrando y saliendo de los coches, escrutando en los ojos de todas las viajeras, para ver si tropiezo con los suyos.

Por eso, hace un rato, me vió usted temblar cuando entró esa señora vestida de rojo. Pero no, no es tampoco ella. ¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué me mira de esa manera? Ah, es que me ve llorar. Pero no, no crea usted. Yo no lloro. Será el humo del cigarrillo... A ver, baje usted el vidrio. Así, así, ¡muchas gracias! Será el humo del cigarrillo...

LA CALLE DE LOS RUISEÑORES

I

NINGUNO de los cuatro hablaba. El reloj, colocado sobre el aparador, se preparó para dar las horas. Primero, un ruido denso, abierto en espectativa. Luego, dos toques de címbalo, finos y delgados, que se quebraron en el silencio del comedor. Otto, que conocía el reloj desde que tenía uso de razón, se volvió para mirar cómo la diminuta pareja saludaba y daba una vuelta de minué alrededor del péndulo.

Después se sonrió, achicando los ojos y mostrando las encías, y con la cuchara llena de caldo a la altura de la boca fué mirándolos uno a uno, mientras el rostro pecoso y color de azafrán atraía y repelía la risa.

Enfrente de él, el padre cortaba pedazos de pan y los echaba en la taza. Los gruesos vidrios de sus anteojos estaban empañados, y la mirada, sin expresión, iba del mantel a la taza, de la taza al mantel, como acorralada. La barba, redonda y amarilla, bajaba a veces hasta el mantel a cuadros rojos y blancos, y Otto espiaba el momento en que acuatizara en el caldo para soltar la risa que le temblaba en la garganta.

Frida y la madre lo miraron con reproche.

El padre levantó la cabeza y le clavó los ojos, ligeramente enrojecidos.

Otto dejó la cuchara en la taza, se limpió los labios con el dorso de la mano, y miró a su derecha. Dos sillas vacías aguardaban delante de la mesa. Sus ojos se cubrieron de sombras y se acordó de otras épocas, en que no era un pecado reirse. Él era más chico, todavía no se había puesto pantalones largos ni había empezado a trabajar. ¡Qué lindas eran entonces las horas de las comidas, cuando se sentaban

todos juntos a la mesa! Pero antes estaban ellos. Y ahora...

Miró a su madre. Tenía la cabeza cubierta con una pañoleta negra, y la cara y las manos, muy afiladas, parecían de cera.

El padre tosió y Frida fué a la cocina a traer la comida.

Por la ventana, entre las cortinas a medio cerrar, se veía el camino y un pedazo de la casa de enfrente, con su techo de tejas y el pequeño cerco de madera verde. Ya había cesado de nevar, y dos o tres niños que iban a la escuela, pasaron patinando y riendo, con las carteras golpeándoles las espaldas.

Otto bajó la cabeza y se puso a rayar con la uña el mantel. Tenía una sorda indignación consigo mismo, y en la frente, fea y estrecha, las arrugas precoces iban plegándose, cada vez más hondas.

No se oía más que el tic-tac del reloj. El pequeño comedor se estaba colmando de un silencio amargo y sin apoyo. Un silencio que parecía bajar desde las repisas,

llenas de platos pintados y de jarrones, y de las cabezas de ciervo, inmóviles en la pared.

De pronto, a lo lejos, del lado del río, saltó un llamado de clarín. Y un tambor empezó a redoblar, un poco sordamente, acercándose cada vez más al pueblo.

—¡Ah, los perros, ya nos las pagarán! —murmuró el padre a media voz, y se levantó a correr del todo la cortina.

—Dicen que su gobierno los olvida —aventuró la madre—. Ayer vi pasar uno con las polainas hechas pedazos, y sin abrigo.

—¡Cállate! ¿te atreves a defenderlos?

—Son soldados, Max, ellos no tienen la culpa.

Los ojos del padre se congestionaban detrás de los gruesos vidrios, y la barba le temblaba de indignación.

—¿Qué hacen aquí? ¿No tienen ya bastante con la sangría de todos los años? ¡Malditos! Que se lleven el dinero, pero que se vayan.

—¡Max!

Pero él no la oía, estremeciéndose de odio cada vez que miraba las dos sillas vacías.

En la puerta, Frida, con la fuente humeante en las manos, oyó la blasfemia del padre, y vió el entrecejo del niño, y su mano, crispada sobre el mantel.

Y entró, con un caminar resignado y lento, mientras el tambor seguía oyéndose, cada vez más cerca.

II

Cuando el reloj dió las tres, ya la diminuta pareja no tuvo espectadores para su gracioso y fugaz paseo alrededor del péndulo. Sobre la mesa, en vez del mantel a cuadros rojos y blancos, las manos de Frida habían extendido el tapete verde, algo raído en las esquinas. El padre y Otto se habían ido al trabajo. La madre los acompañó hasta la puerta, triste al verlos alejarse, ateridos de frío, por la calle acolchada de nieve. El uno, demasiado viejo ya, y sin fuerzas, para ganarse el

jornal. El otro, todavía una criatura. Ah, la guerra, la guerra... Qué mal tan grande les había hecho a todos...

Balanceándose, y con los brazos caídos, se acercó al piano, mudo desde hacía muchos años. Sobre él, y en pequeños marcos gemelos, dos rostros risueños la miraban, orgullosos de sus uniformes y de sus cascos prusianos, muy relucientes. Los alcanzó con ambas manos y los fué a poner encima de la mesa. Luego arrimó el sillón, enderezó los troncos en la chimenea, para avivar el fuego, y sacando del cesto de costura las dos agujas de tejer, empezó a trabajar.

De vez en cuando, las agujas se quedaban cruzadas y quietas, y los ojos de la madre se demoraban en los retratos. Un ruido de la leña, o el viento, haciendo crujir la ventana, la volvía otra vez a la labor, y las agujas seguían cruzándose entre sus manos.

Pared por medio, en la cocina llena de humo y vasijas de cobre, Frida terminaba de secar los platos. Tenía las mangas

subidas hasta el codo, y echaba a cada momento el cabello hacia atrás, impaciente y nerviosa. Sobre el vestido de color rojo se había puesto un delantal blanco, atado a la espalda, y andaba de un lado para el otro, dejando cada cosa en su lugar. Ya todo terminado, se quitó el delantal, se alisó la melena, rubia y opulenta, que le llegaba casi a los hombros, tomó el gato del suelo y entró en su cuarto.

—Las cuatro — se dijo, mirando el reloj de su mesa de noche—. Tengo una hora por delante. Pero una hora es mucho tiempo. Son sesenta minutos largos, inacabables, y yo quiero verlo ahora mismo.

Los postigos estaban cerrados. Los abrió de par en par y pegó la frente al vidrio. La nieve había formado un marco blanco en la ventana, del lado de afuera. Por el medio de la calle, un ancho río de pisadas venía de lejos, del Cuartel de Ocupación, y doblaba la esquina. Los franceses habían pasado por allí. Frida recordó el tambor, acercándose y alejándose, con

su són monótono, y el ruido apagado de los pasos.

Luego se volvió hacia la puerta, temerosa de que la sorprendieran, y sacó del pecho un papel muy doblado. Ya lo había leído muchas veces, pero eso no importaba. Lo cubrió de besos, de una multitud de besos pequeños y apasionados, y lo puso sobre la mesa de luz, al lado del reloj. Y empezó a quitarse los zapatos.

III

De Bad Kreuznach a Bad Münster, no hay mucha distancia. Además, la tarde estaba tan fría, que daba gusto caminar de prisa por la nieve. Frida tomó primero por la avenida, emocionada por la soledad y el silencio blanco, absoluto, que rozaba las copas nevadas de los árboles y se acostaba, luego, muy a lo largo, hasta donde llegaba la vista. A veces se apartaba de la avenida y tomaba el sendero que bordea el Nahe, atraída por el ruido del agua. Cerca de las orillas, el río estaba to-

talmente helado, y sólo en el centro corría una estrecha cinta negra, prisionera entre las chapas de cristal.

Al llegar a los filtros de sal, el corazón de Frida empezó a latir con más violencia. Por eso, cuando el muchacho le salió al encuentro, no pudo decirle nada, sofocada hasta las orejas, y se limitó a estrecharle la mano fuertemente.

—Creí que no te iban a dejar venir. ¿Te preguntaron a dónde ibas?

—Sí, y tuve que mentir. Qué quieres, otra carga más para mi conciencia.

—¿Estás arrepentida?

Frida se colgó de su brazo, y le buscó los ojos, muy contenta.

—No, hombre, no, ¿cómo lo voy a estar si te quiero mucho?

—¿Aunque soy francés?

Frida se quedó seria y siguieron caminando callados.

—Tú bien sabes cómo odiamos a todos ustedes, aquí. Ya ves, hace años que dura la ocupación, y el muro hostil no ha cedido lo más mínimo. Ni un sólo hogar de

los nuestros se ha abierto para los intrusos. Las muchachas, ni los miran siquiera. Es un boycot absoluto, inconmovible.

—Absoluto no, porque yo conozco una excepción — repuso risueñamente Alberto.

—¡Vanidoso! Sí, ya sé. Yo soy la única. Pero ¿sabes? no es que me arrepienta, no, eso no, pero a veces, cuando pienso en lo que hago, me da un miedo horrible, y me parece que una gran desgracia me acecha. Si me descubrieran, creo que me moriría de vergüenza. Hoy, en el almuerzo, papá se puso otra vez furioso contra ustedes. Tú pasaste con el regimiento por delante de casa, ¿verdad?

—Sí.

—Calla, ¿y qué traje es ése?

—Pues verás, un traje en colaboración. Para que no te vieran con uno de esos perros malditos, decidí cambiar la indumentaria. Este abrigo, que como ves, no se hizo para mis espaldas, es de Rolando, mi compañero de guardia. El sombrero es también de él, y los guantes yo no sé quién me los ha prestado.

—Pero te has olvidado de ponerte otro pantalón. A la legua se ve que es de soldado...

—Es verdad, ¡en qué estaría pensando! ni los botines tampoco. Pero caminando ligero, no se darán cuenta.

Enlazados por la cintura, iban los dos por el camino adelante, alegres y con el corazón vestido de fiesta, prontos a reir de cualquier cosa. Detrás, las huellas de las pisadas quedaban escritas en la nieve, a veces separadas, otras, las más frecuentes, tan cerca y tan mezcladas unas con otras, que hubiera resultado difícil descubrir cuáles eran de él, y cuáles de ella.

Antes de llegar a Bad Münster, se cruzaron con un carro vacío. Los dos caballos negros y relucientes pasaron con gesto altanero, como si tirasen de una carroza real. Al lado de ellos, el carrero iba a pie, con las manos en los bolsillos y silbando un aire militar. Al acercarse a la pareja, saludó jovialmente, y les dejó paso.

—¿Ves como nadie repara en mis pantalones, Frida?

Pero Frida se había dado vuelta ya, instintivamente. El carro se había detenido, y el hombre miraba los pantalones grises de Alberto con gran asombro. Al ver a Frida, la amenazó con el puño, rojo de furia, y siguió su camino.

Cuando llegaron a la aldea, la tarde estaba ya obscureciendo. Entre el verde escaso de los árboles, se veían las casas cubiertas de nieve. Las pocas calles subían y bajaban en cuesta y en ellas la nieve se amontonaba hasta cubrir los umbrales. En el puente se detuvieron un rato, para tomar aliento. Una niña rubia, enfundada de la cabeza a los pies en un capote parduzco, guiaba una bandada de gansos hacia el corral. Como Frida levantara los brazos para quitarse el sombrero, los gansos se asustaron y arremetieron contra ellos, con las alas abiertas y enardecidos, produciendo una algarabía ensordecedora. Alberto la protegía con su cuerpo, y ya iba a tomar mal carácter la embestida,

cuando intervino la niña, enarbolando autoritariamente una rama, y los gansos se fueron delante de ella, balanceándose y murmurando amenazas.

—Oye, Alberto, yo tengo miedo. Mejor es que volvamos ya.

—Pero, tonta, si falta poco... ¿No ves allí el castillo?

El castillo de Ebernburg se alzaba en lo alto del cerro, pardo y amoratado como la tierra y las rocas que se veían por todas partes. Frida y Alberto fueron subiendo el camino, cada vez más empinado y fatigoso. Por momentos se detenían para descansar, y como habían convenido en celebrar con un beso cada parada, largo —y dulcísimo— fué el tiempo que pusieron en llegar hasta arriba. Frida estaba muy alegre, con las mejillas rojas y los ojos azules llenos de ternura y de claridad. Alberto también estaba contento. Después de los largos meses pasados en el hospital de campaña, estos ratos que vivía con Frida le aceleraban la convalecencia y le henchían el alma de una

suave felicidad. Una felicidad un poco triste, quizá, pero a la que él se aferraba con todas sus fuerzas.

—Oye, Frida, corren rumores de que pronto van a salir las tropas del Rhin. ¿Quieres que nos casemos antes o después?

Frida lo miró hondamente, y el cielo de sus ojos brilló con un celeste júbilo. Luego se le ensombreció la mirada, le tomó las manos, y no contestó.

—¿No me oyes? ¿Quieres que nos casemos antes o después?

—Pero, ¿y mi familia? Tú no sabes cómo es mi padre. Mil veces me ha dicho que preferiría verme muerta antes que casada con un francés.

Habían llegado ya al castillo. La muralla estaba rota en varias partes. El viento entraba y salía por los arcos de piedra con un silbido lúgubre, y parecía un aire de muchos años, encerrado allí, y custodiado por las almenas color de herrumbre. En un costado del pequeño patio, frente a las estatuas, había un nicho incrustado en la pared y protegido por

una reja. Dentro se amontonaban huesos humanos y pedazos de armas y vasijas de barro, en un abandono de quién sabe cuántos siglos.

Frida no quiso detenerse allí, y se acercó al pozo. Muy en lo hondo, un disco de musgoso brillo recogía la sombra y el silencio armonioso de la tierra. Frida deseó romper aquel silencio y tiró una pequeña piedra. La miró rebotar en las paredes, y oyó, luego, el chasquido al chocar con la superficie. Ondas fugitivas fueron abriéndose en el agua, y después todo quedó quieto otra vez, y sombrío, como una noche obscura.

—¿Me quieres mucho, Alberto?

Alberto la atrajo hacia su corazón, muy despacio, le echó la cabeza para atrás, y la miró un rato largo, sin decirle nada.

El viento empezó a silbar con más fuerza.

Antes de bajar, se quedaron un momento atalayando el horizonte, estrechamente unidos. Se sentían centro de un círculo, dilatado quién sabe hasta dónde, y circui-

do ya de sombras. Por todas partes se veían cerros obscuros, de un color atardecido, casi sin árboles. Y abajo, en los valles, multitud de polígonos de diversos tonos, con tierra trabajada, y las viviendas, esparcidas a lo largo de los caminos, como pequeñas manchas rojas y verdes. Los hilos del telégrafo cruzaban el campo de lado a lado, y muy lejos, detrás del río, un tren que parecía de juguete arrastraba tres vagones iluminados, dejando una nube de humo sobre la pared de piedra de la montaña.

—¡Vamos! — murmuró Frida, empujando suavemente a Alberto.

De uno de los árboles que crecían en el foso, salió una bandada de pájaros negros. Se sintió un nervioso aleteo, al tomar rumbo y subir en el aire, y Frida se tapó el rostro con las manos.

Luego, los pájaros se escondieron en la noche. Y el silencio apareció otra vez, y cubrió el castillo, todavía sangriento, como una sombra más.

IV

A las seis, Otto estaba ya de vuelta del trabajo. Entró en el comedor y se acercó al fuego, para calentarse las manos.

La madre seguía tejiendo.

—¿A dónde ha ido Frida? —preguntó el muchacho mirando la puerta del cuarto de su hermana, a medio cerrar.

—Creo que ha ido a casa de la doctora. Pero ya me parece que tarda.

Otto entró en el cuarto abierto. Al rato, apareció otra vez en la puerta. Tenía los ojos hundidos y feroces, y la cara, enorme, llena de pecas y de cicatrices, parecía envuelta en llamas. En la mano derecha le blanqueaba un pedazo de papel, arrugado y apretado.

La madre, de espaldas, no pudo verlo. Sólo oyó el ruido seco de la puerta de calle, y sus pasos, al cruzar frente a la ventana.

En la esquina había un farol. Otto se acercó y se puso nuevamente el papel de-

lante de los ojos. Después echó a andar muy de prisa, a grandes pasos, por el camino de Bad Münster. La noche iba cayendo ya sobre los árboles. Los pinos y los olmos estaban rumorosos, y la música del viento se perdía, a lo lejos, como un grito ahogado. Cada vez que un bulto aparecía en la huella blanca del camino, Otto salía a un costado con un salto de animal en acecho y se guarecía detrás de los árboles. Desde allí, abrazado a un tronco, los ojos encendidos y redondos, espiaba a los que pasaban. Pero eran todos campesinos que volvían a sus casas. Iban con la pala al hombro y llevaban las botas llenas de barro y de nieve. Algunos, para no ir tan solos, se ponían a silbar, y Otto se quedaba escuchándolos, hasta que se perdían de vista.

V

—Hasta aquí, Alberto. Ten cuidado con el puente, que está ya muy viejo y se puede venir abajo.

—No tengas miedo. Hasta mañana, ¿verdad? — y le dió un beso en los labios.

Frida caminó dos pasos, alejándose, pero volvió a caer en sus brazos.

—¿Qué tienes? ¿Estás llorando?

—No, si no es nada.

Y se abrazaba a él, desesperadamente, hundiendo la cabeza despeinada en su hombro.

Estaban en la calle de los Ruiseñores, flanqueada a lado y lado por cercos de arbustos y altos pinos, manchados de nieve. Varias veces, durante el verano, habían pasado allí por la noche, y habían temblado juntos al escuchar, entre las ramas, el canto del ruiseñor. Qué lejos se quedaban las cosas de la vida, cuando el canto del pájaro iba llenando la noche y los árboles, y se abría, en el corazón de los dos, como un cielo pálido y cercano. Cómo habían sentido allí el goce del amor sin palabras y la tristeza de quererse mucho.

Estaban en la calle de los Ruiseñores, y la noche resbalaba sobre la nieve con una cautela que daba miedo.

Frida se separó de Alberto bruscamente, y se fué, volviéndose a cada paso, hasta verlo perderse en la sombra. Luego, se metió las manos en los bolsillos del abrigo y siguió andando por medio de la calle. Detrás del bosque, asomó la luna. Una luna rojiza y adormecida, que bien pronto fué subiendo en el cielo sin estrellas. Y al rato vió, a su lado, su propia sombra, caminando sobre la nieve.

Estaba intranquila, sin saber por qué. Mientras se despedía de Alberto, le pareció oir algo, entre las ramas. Menos mal que la luna empezaba ya alumbrar el camino. Hacía mucho frío y las manos le dolían en los bolsillos. Una gran tristeza fué invadiéndole el corazón. De los párpados, un agua helada, de rocío o de lágrimas, bajaba mansamente, y se detenía en los labios, con salada amargura. Andaba penosamente sobre la nieve, y vió las primeras luces del pueblo, confusas y borradas, muy a lo lejos.

—Si él estuviera a mi lado —pensaba, como hundida en una niebla helada.

Y apretó los dientes, porque no quería llorar, y siguió andando entre los árboles salpicados de nieve, con las manos cada vez más frías.

Fué en una vuelta del camino, antes de llegar al río, cuando sintió, de pronto, el mismo ruido de ramas a su espalda. Se volvió, como una autómata, muda de espanto. No tuvo ni tiempo de gritar, y un bulto humano cayó sobre ella con un furor rabioso. Había un árbol detrás, y contra el tronco la atenacearon, mientras la cabeza rubia, caída hacia un costado, parecía ya sin vida.

—¡Traidora! ¡Traidora! Meterse con un perro maldito. ¡Ahora vas a ver!

Y las uñas se clavaban en los hombros, implacables.

Frida abrió los ojos, poco a poco, y vió la cara de su hermano. Vió las pupilas sangrientas, la espuma amarilla en los labios, el pelo revuelto y azufroso, como una llama. Luego, ya no vió nada, y cerró los ojos, en una triste sonrisa.

Otto la vió llevarse las dos manos al corazón, y la sintió resbalar, después, por el tronco. Cuando la miró, tendida en la nieve, y con el rostro más blanco que la nieve misma, se quedó helado. Miró a todas partes, como un perro perseguido, y se mordió el puño con rabia, hasta hacerse sangre. Y echó a correr, despavorido, hacia el pueblo brillante de luces.

INDICE

Pág.

El ladrón y la selva 9
Penélope 23
La noche de San Silvestre 31
Una panne 39
La esfinge 51
Una aventura nocturna 77
Las gaviotas 91
La sombra 99
La cita 107
El zagal y la estrella 131
La viajera 137
La calle de los Ruiseñores 157

3 9001 01990 6950

11867 3

BARCODE
INSIDE